

El campamento legionario de Cáceres el Viejo (Cáceres, España), escenario de la Guerra de Sertorio

Carlos Pereira y Ángel Morillo (eds.)



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

ANEJOS DE
Gladius

ANEJOS DE

Gladius

22

Dirección

Esther Rodríguez González, Instituto de Arqueología de Mérida (IAM), CSIC-Junta de Extremadura

Secretaría

Javier Moralejo Ordax, Universidad Autónoma de Madrid

Comité Editorial

Sebastián Celestino Pérez, Instituto de Arqueología de Mérida (IAM), CSIC-Junta de Extremadura

Adolfo J. Domínguez Monedero, Universidad Autónoma de Madrid

Christine Farnié Lobensteiner, Ministère de la Culture - DRAC Centre-Val de Loire

María del Mar Gabaldón Martínez, Universidad CEU San Pablo

Susana González Reyero, Instituto de Historia (IH), CSIC

Eduardo Kavanagh de Prado, Universidad Autónoma de Madrid

Fernando Quesada Sanz, Universidad Autónoma de Madrid

Álvaro Soler del Campo, Real Armería, Patrimonio Nacional

**El campamento legionario
de Cáceres el Viejo
(Cáceres, España), escenario
de la Guerra de Sertorio**

**O acampamento legionário
de Cáceres el Viejo
(Cáceres, Espanha): cenário
da Guerra de Sertório**

Carlos Pereira y Ángel Morillo Cerdán (eds.)

**CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
Madrid, 2025**

La versión electrónica de este libro está disponible en acceso abierto en editorial.csic.es y se distribuye bajo los términos de la licencia Creative Commons Atribución-Non Comercial-No Derivadas 4.0. La información completa sobre dicha licencia puede ser consultada en <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>. Esta licencia afecta solo al material original del libro. El uso del material proveniente de otras fuentes (indicadas en las referencias), como diagramas, ilustraciones, fotografías o fragmentos de textos, requerirá permiso de los titulares del *copyright*.

Las noticias, los asertos y las opiniones contenidos en esta obra son de la exclusiva responsabilidad del autor o autores. La editorial, por su parte, solo se hace responsable del interés científico de sus publicaciones.

Cómo citar: *El campamento legionario de Cáceres el Viejo (Cáceres, España), escenario de la Guerra de Sertorio* / Carlos Pereira y Ángel Morillo Cerdán (eds.). Madrid: CSIC, 2025.

Esta publicación se ha financiado a través de los proyectos científicos: «Acampamentos militares romanos no Occidente peninsular: estratégias de conquista e controlo do território» (SFRH/BPD/108721/2015), dirigido por Carlos Pereira y concedido por la Fundação para a Ciência e Tecnologia (FCT) de Portugal; y, «Paisaje y territorio militarizado en la Hispania Romana: movilidad y transferencia cultural (siglos II a.C. – IV d.C.)» (HAR2017-85929-P, MINECO/AEI/FEDER), concedido por el Ministerio de Ciencia e Innovación de España, dirigido por Ángel Morillo Cerdán y Cruces Blázquez Cerrato.

Catálogo de publicaciones de la Administración General del Estado:

<https://cpage.mpr.gob.es>

EDITORIAL CSIC: <http://editorial.csic.es> (correo: editorialcsic@csic.es)



© CSIC, 2025

© Carlos Pereira y Ángel Morillo Cerdán (eds.), y de los textos, sus autores

© De las ilustraciones, las fuentes mencionadas a pie de figura

© Imagen de cubierta: antefija en forma de rostro femenino (3440); estatuilla de Minerva (3412); moharra de *pila* (3887). Fotografías de Carlos Pereira, composición de Rita Silva y Ángel Morillo. En la contra, altar o quemaperfumes de Cáceres el Viejo (3475). Fotografía de José Miguel González Bornay.

ISBN: 978-84-00-11357-5

e-ISBN: 978-84-00-11358-2

NIPO: 155-24-230-7

e-NIPO: 155-24-231-2

Depósito Legal: M-26998-2024

Coordinación editorial: Enrique Barba (Editorial CSIC)

Diseño y maquetación: Calamar Edición & Diseño

Impresión y encuadernación: Taravilla, S.L.

Impreso en España. *Printed in Spain*

En esta edición se ha utilizado papel ecológico sometido a un proceso de blanqueado ECF, cuya fibra procede de bosques gestionados de forma sostenible.

Índice

Agradecimientos.....	11
Nota prévia	13
<i>Ana Margarida Arruda</i>	
Günter Ulbert, Adolf Schulten, Cáceres el Viejo y el azar.	15
<i>Romana Erice Lacabe</i>	
Introdução. Cáceres el Viejo: o poder da guerra e a guerra pelo poder	19
<i>Carlos Pereira</i>	
1. El yacimiento de Cáceres el Viejo: cuestiones preliminares / O sítio de Cáceres el Viejo: questões prévias.	35
De «Castra Caecilia» a Cáceres el Viejo: o debate sobre a topografia antiga em torno a Cáceres e o impacto dos trabalhos de A. Schulten	37
<i>Carlos Pereira, Carlos Fabião y Jesús Salas Álvarez</i>	
Substratos, adstratos y conjeturas en el debate sobre la etimología del topónimo «Cáceres».	69
<i>Pedro Albuquerque, Ana Mateos-Orozco y Emna Bouhawl</i>	
O antes e o depois: outras evidências materiais em Cáceres el Viejo	79
<i>Ana Margarida Arruda, Elisa de Sousa, Íris Dias, Tânia Casimiro y Carlos Pereira</i>	
2. La arquitectura y los materiales del campamento / A arquitectura e os materiais do acampamento	95
El campamento legionario: arquitectura militar y sistema de castrametación	97
<i>Ángel Morillo Cerdán</i>	
Las ánforas	137
<i>Carlos Pereira, Rui Morais y Ángel Morillo Cerdán</i>	
Buscando entre platos rotos. La cerámica de barniz negro y sus imitaciones	165
<i>Andrés María Adroher Auroux, Maite Segura García y Vincenzo Soria</i>	

A cerâmica de paredes finas e os unguentários.	237
<i>Elisa Sousa</i>	
La cerámica común.	247
<i>Carmen Aguarod Ota y Carlos Pereira</i>	
A cerâmica pintada.	349
<i>Francisco B. Gomes</i>	
Las lucernas.	381
<i>Ángel Morillo Cerdán y Carlos Pereira</i>	
Materiales de tradición indígena. Las cerámicas estampilladas.	401
<i>Luis Berrocal-Rangel</i>	
El material latericio.	409
<i>Ángel Morillo Cerdán y Rosalía María Durán Cabello</i>	
Materiales cerámicos singulares: altares, quemaperfumes y otros elementos.	423
<i>Ángel Morillo Cerdán y Rosalía María Durán Cabello</i>	
Monedas inéditas del campamento.	435
<i>José Miguel González Bornay</i>	
Las armas del campamento y los «militaria» en los inicios del siglo I a. C. en «Hispania».	457
<i>Carmelo Fernández Ibáñez</i>	
A baixela metálica e outros artefactos relacionados com actividades domésticas.	549
<i>Carlos Pereira y Romana Erice Lacabe</i>	
Las fíbulas.	579
<i>Romana Erice Lacabe</i>	
Ponderales y contrapesos.	619
<i>Diego Barrios Rodríguez y Cruces Blázquez Cerrato</i>	
La tésera de hospitalidad.	639
<i>Ignacio Simón Cornago y Aránzazu López Fernández</i>	
Otros artefactos metálicos: as actividades do exército.	647
<i>Teresa Rita Pereira</i>	
Os utilitários de têxteis cerâmicos e metálicos: preparar, fiar, tecer.	689
<i>Teresa Rita Pereira</i>	

Os instrumentos de osso.	713
<i>Íris Dias</i>	
Pedras para soldados: os artefactos líticos.	725
<i>Íris Dias, Carlos Pereira y Ana Catarina Sousa</i>	
El final del campamento: ¿destrucción provocada o abandono deliberado?	743
<i>Ángel Morillo Cerdán</i>	
3. Cáceres el Viejo en el contexto de la Guerra de Sertorio / Cáceres el Viejo no contexto da Guerra de Sertório.	747
La cronología del campamento: un contexto material-tipo de época sertoriana	749
<i>Carlos Pereira y Ángel Morillo Cerdán</i>	
Abastecimiento, producción local y patrones de consumo en el campamento de Cáceres.	781
<i>Ángel Morillo Cerdán, Carlos Pereira, Rui Morais, Andrés María Adroher Auroux y Carmen Aguarod Otal</i>	
La moneda en los contextos sertorianos peninsulares	821
<i>Cruces Blázquez Cerrato</i>	
Itálicos «Ex formula togatorum» en Hispania. Una aproximación.	837
<i>Estela García Fernández</i>	
Los ocupantes del campamento: de los materiales arqueológicos a la cuestión de la identidad y del género	853
<i>Cruces Blázquez Cerrato, Ángel Morillo Cerdán y Andrés María Adroher Auroux</i>	
Cáceres el Viejo en el marco de la estrategia militar de la guerra sertoriana.	863
<i>Ángel Morillo Cerdán y Carlos Pereira</i>	
4. Conclusões	871
Conclusões	881
Conclusions	889
5. Anexos.	897
Anexo I. Resultado del análisis realizado sobre un fragmento de ánfora.	899
<i>Ángel Morillo Cerdán</i>	

Anexo II. Análisis petrográfico a través de lámina delgada	907
<i>Carmen Aguarod Ota y M.ª Pilar Lapuente Mercadal</i>	

Anexo III. Análisis petrográfico y químico de muestras cerámicas seleccionadas	915
<i>Carlos Pereira, Romualdo Seva Román, María Dolores Landete Ruiz y Cristina Biete Bañon</i>	

Bibliografía	925
Fuentes literarias	927
Referencias bibliográficas	928
Informes técnico-científicos	1032

Perfil académico de los autores	1033
--	-------------

Apéndice documental. Catálogo completo de Cáceres el Viejo (PDF)

La cronología del campamento: un contexto material-tipo de época sertoriana

Carlos Pereira y Ángel Morillo Cerdán

1. Cáceres el Viejo y *Castra Caecilia*: el debate sobre la fundación y cronología del campamento

Todos los estudios que han abordado desde cualquier óptica la cuestión del campamento de Cáceres el Viejo realizan una aproximación más o menos extensa sobre la cronología de la ocupación. El debate se centra fundamentalmente en el momento en que fue construido y su propósito, así como las circunstancias de su desaparición. Este era uno de los objetivos prioritarios de la presente monografía, al contar con nuevos datos y argumentos derivados del reestudio de la edificación y de los materiales arqueológicos, que permiten plantear nuevas hipótesis con bases científicas más sólidas.

Es preciso comenzar este apartado revisando las opiniones previas sobre la cronología del recinto militar. La mayoría de ellas lo sitúan en el marco del conflicto entre Metelo y Sertorio, que tuvo lugar en la Lusitania a comienzos de la década de los 70 del primer siglo a. C. Pero no faltan autores que lo ubican en el marco de las Guerras Lusitanas (155-139 a. C.) o en el momento inmediatamente posterior a ellas (entre 130-90 a. C.). Algunos investigadores se hacen eco incluso de su perduración en el periodo imperial.

Hoy en día podemos descartar sin duda las hipótesis que lo vinculan con las Guerras Lusitanas, que carecen de cualquier fundamento arqueológico, más allá de planteamientos obsoletos de arqueología filológica. Por lo que se refiere a su perduración durante el periodo imperial, dicha idea reposaba en la mención de *Castra Caecilia* junto con *Castra Servilia*, como *contributa* de la colonia de *Norba Caesarina* (Cáceres), fundada probablemente por C. Norbano Flaco entre el 36 y el 34 a. C.¹ En este caso se confundían de forma más o menos consciente la realidad de unos *castra* republicanos con las *mansiones* altoimperiales mencionadas.

De hecho, el campamento de Cáceres el Viejo y su identificación con los *Castra Caecilia* se encuentra en el centro del debate y, en particular, en cualquier aproximación al origen de la actual

¹ «[...] *contributa in eam Castra Servilia, Castra Caecilia* [...]» (Plin. NH 4.117).

ciudad de Cáceres. No es este el lugar para entrar en profundidad en esta cuestión, pero si debemos mencionar que dista mucho de estar aclarada la relación espacial de la capital cacereña con el campamento de Cáceres el Viejo y la *mansio Castris Caecili*, que aparece en los itinerarios viarios de época imperial avanzada, como las Tablas del Barro de Astorga, el Itinerario de Antonino y el Ravennate.² Algunos investigadores sitúan la *mansio* en el antiguo campamento, identificado a partir de Schulten como *Castra Caecilia* (Schulten, 1928: 45), por donde hacen pasar la vía de la Plata o vía XXIV del Itinerario de Antonino (Roldán, 1974: 80-83); otros la ubican en la propia ciudad de Cáceres, nombre que deriva claramente de *Castris* (*Castra* en dativo o ablativo), originando después el *Kazris* árabe (Callejo, 1980; Arias Bonet, 1987b: 211-280). Llama la atención que los trazados itinerarios posteriores al siglo III d. C. mencionan sólo la *mansio* y nunca la colonia *Norba*, principal asentamiento urbano, motivo por el que debemos pensar que posiblemente la *mansio* se ubicó en algún lugar intermedio, periférico de la ciudad (Fernández Ochoa *et al.*, 2012: 167), como en el área de San Blas al noreste del recinto murado, en el actual Seminario Diocesano, donde se descubrieron en el siglo XVIII numerosos restos romanos (Cerrillo Martín, 2008-2009: 39-40). Callejo apuntó dicha hipótesis (Callejo, 1962). Otros autores como Cerrillo no se muestran convencidos de este extremo e identifican dichas evidencias como pertenecientes a una *villa* (Cerrillo Martín, 2005: 107-108; 2008-2009). Sin embargo, dicha ubicación estaría justamente entre la ciudad y el campamento, equidistante de ambos yacimientos.

En realidad, en lo que a nuestro análisis se refiere, el problema es la relación del campamento, claramente identificable con una fundación de Metelo (*Castra Caecilia*), con la *mansio* viaria del periodo imperial. El desfase temporal de casi 50 años entre el final del campamento (Schulten, 1937: 174) y la fundación de *Norba* (Callejo, 1967; Salas y Esteban, 1994; Salas, 1996) no ha sido obstáculo para que algunos investigadores propusieran, sin base arqueológica alguna, que el campamento de Metelo se habría mantenido en activo hasta la guerra civil que enfrentó a César y Pompeyo (Sayas, 1983: 244-245; Gil Montes, 1988: 15; Cadiou, 2008: 397-399; Cadiou y Navarro, 2010: 263-267). Otros autores avanzan otras hipótesis: desde interpretar el término *contributa*, aplicado en este caso a *Castra Caecilia* y *Castra Servilia*, como una integración de dos comunidades (Tobal Paz, 1993); a considerar que en *Norba Caesarina* habría existido un recinto militar (Salas, 1984; Heras Mora, 2018: 145); plantear la existencia de otro recinto militar cerca de la ciudad (Bueno, 1988; Heras Mora, 2018: 147-148); incluso llegar a identificar Cáceres el Viejo con los *Castra Liciniana* (Beltrán Lloris, 1973-74).

En realidad, la mención pliniana a los *Castra Caecilia* como uno de los *contributa* que se integran en el territorio de la colonia *Norba*, nos ilustra que el nombre habría sobrevivido más allá del final del campamento, con toda probabilidad como un *vicus* o *pagus* surgido de la aglomeración civil que surge siempre en las cercanías de los recintos militares romanos. Dichos *vici militares* pueden hallarse tanto junto a las defensas del campamento (algo que no se ha verificado en Cáceres el Viejo), como a 1 o 2 km, como podría ser nuestro caso. De ahí su incorporación en época triunfiral al territorio de la colonia *Norba* de la que dependerá jurisdiccionalmente, junto con otro asentamiento del mismo tipo denominado *Castra Servilia*, que podemos interpretar como el *vicus* heredero del asentamiento militar fundado al parecer por Q. Servilio Caepio, en el 139 a. C., durante la campaña contra los lusitanos, cuyo devenir y localización son aún más oscuros. Pero que hubieran sobrevivido los dos nombres de recintos creados en su día por el ejército romano

² *It. Ant.* 433.4; *Rav. Cosm.* 319.14.

no implicaría que fueran en ese momento núcleos militares propiamente dichos. Y menos aún en época de Plinio. La diacronía es trascendental, aunque muchos autores mezclen datos del periodo republicano e imperial en esta discusión.

La fuerte presencia de *cognomina* itálicos entre los habitantes de *Norba*, entre los que abunda *Caecilius*, en clara referencia al procónsul Q. Caecilio Metelo (Navarro, 2018), nos habla de la presencia de antiguas clientelas del gobernador de la Ulterior en la zona, mucho antes de la fundación de la colonia en época cesariana, que tal vez pudiéramos poner en relación con los habitantes de dichas poblaciones herederas de los antiguos *vici militares*.

La presencia de un tercer asentamiento militar en la zona, los *Castra Liciniana*, atribuidos a la presencia de P. Licinio Craso en el 96-94 a. C. y conocidos a través de las fuentes (Ap. *Iber.* 67-69, Ptol. *Geog.* 2.5.8), viene a complejizar aún más un panorama que se ha abordado en esencia desde la perspectiva de la arqueología filológica, tratando de localizar dichos asentamientos sin más apoyatura arqueológica que la presencia de Cáceres el Viejo.

Volviendo al tema que nos ocupa, una de las cuestiones que ha suscitado mayor polémica en la investigación es la de la cronología de fundación del recinto militar de Cáceres el Viejo. Para Schulten sería el campamento construido por Q. Caecilio Metelo en el 79 a. C. durante sus campañas iniciadas ese año contra Sertorio, habiendo sido abandonado precipitadamente solo un año o dos más tarde (Schulten, 1949: 92-98).³

Sin embargo, esta cronología choca con la propuesta avanzada por M. Beltrán Lloris a partir del estudio de los materiales, en particular de la numismática (Beltrán Lloris, 1973-74; 1976a). Según este autor, los hallazgos numismáticos del campamento representan una circulación de final del siglo II a. C., siendo la última pieza acuñada en el 93 a. C., momento que establece como final del campamento de Cáceres el Viejo. Esta datación le lleva a negar la identificación del recinto con *Castra Caecilia* y a una hipotética relación con *Castra Servilia* o *Castra Liciniana* (Beltrán Lloris, 1973-74: 295-298). Años más tarde, tanto H. J. Hildebrandt (1984: 296), como A. Arévalo (1992: 154) revisan la cronología, proponiendo que el campamento fue abandonado en torno al 80 a. C. A partir del estudio del conjunto de materiales, G. Ulbert establece el periodo comprendido entre el 80 y 72 a. C. como la cronología del campamento, identificándolo con los *Castra Caecilia* (Ulbert, 1984: 207-209). Sin embargo, este investigador no cerraba completamente el debate, dejando abierta la puerta a que hubiera existido un campamento anterior, reocupado y rebautizado por Metelo.

Las intervenciones desarrolladas en el campamento de Cáceres el Viejo a partir de 2001 y el hallazgo de más monedas en contexto han conseguido despejar las dudas al respecto de la numismática, ya que se constata la convivencia de emisiones monetarias residuales del siglo II a. C. con una mayoría de ejemplares acuñados en torno al 80 a. C. (Abásolo *et al.*, 2008).

Esta es la fecha que hoy en día se acepta de forma general para datar el conjunto (Morillo, 2003: 58-59; Abásolo *et al.*, 2008: 130), coincidente con la guerra sertoriana en el ámbito de la actual Extremadura. Un análisis más minucioso de la cultura material y de algunas evidencias planimétricas y arquitectónicas como el que aquí hemos realizado nos posibilita afinar la cronología del contexto.

³ Ya hemos apuntado en el lugar correspondiente que con los datos disponibles en la actualidad dicho abandono precipitado debe ser puesto en cuestión.

2. Hacia una definición del patrón arqueológico material de Cáceres el Viejo

En los capítulos precedentes hemos abordado el análisis de los materiales arqueológicos, tanto los ya publicados como los inéditos, que constituyen la base de nuestro estudio desde el punto de vista tipológico y contextual. Un yacimiento como Cáceres el Viejo presentaba enormes limitaciones. Fue excavado hace más de un siglo con una metodología arqueológica propia de su tiempo, pero insuficiente para lo que la disciplina actualmente requiere, donde no se definieron estratigráficas de ningún tipo ni estudios de dispersión espacial de los hallazgos. Y ni siquiera la recogida del material fue completa. Nos consta el abandono de los elementos cerámicos informes o menos «artísticos», como los elementos latericios, cerámicas comunes y posiblemente ánforas, lo que ha provocado un importante sesgo en la representatividad de tipos, clases y categorías cerámicas. Se descartaron también numerosos elementos como las piedras de molino. Por otra parte, no contamos con datos acerca de la economía por carecer de datos paleoambientales (carpología, antracología, etc). Todo ello nos obliga a recurrir a las asociaciones de distintos instrumentos y objetos en general para tratar de definir el patrón arqueológico material del yacimiento. En definitiva, tratar de reconstruir el registro arqueológico del que fueron extraídos para alcanzar, en la medida de las posibilidades, el contexto sistémico de los mismos.

Afortunadamente, a juzgar por la composición del registro, contamos con una única fase de ocupación, lo que deja atrás la hipótesis de Ulbert del empleo por parte de Metelo de un recinto anterior, de lo que no existe evidencia alguna arquitectónica o material. Su carácter monofásico facilita notablemente el intento de establecer un marco temporal lo más ajustado posible para delimitar los momentos de fundación y abandono del recinto militar. En definitiva, de sus niveles de uso. Con los datos disponibles no podemos pronunciarnos con mayor precisión sobre otros procesos (reformas, secuencia de desmantelamiento o amortización de estructuras y materiales, etc.), esto es, plantearse la diacronía de fundación-ocupación-abandono y sus posibles repercusiones desde el punto de vista del patrón material. Por otra parte, estamos además ante horizontes de amortización, lo que introduce cierta fluctuación temporal respecto al marco temporal de uso de las estructuras constructivas (Morillo y Adroher, 2014: 31).

Se ha identificado una considerable variedad de materiales que formaron parte de las distintas actividades de todo tipo que se desarrollaron en el campamento. Desgraciadamente, la mayoría corresponde a formas con una gran perduración temporal, por lo que solo podemos avanzar hacia la definición temporal a través de las asociaciones de materiales y su comparación con otros contextos.

Uno de los productos que suele ofrecer mayores perduraciones son las ánforas, que estudiamos en esta monografía junto con R. Morais. Algunas categorías universales, como la Dressel 1 y Lamboglia 2, ambas itálicas, o la Tripolitana Antigua (=Africana Antigua), son muy abundantes en los contextos hispanos datados entre el último tercio del siglo II a. C. y el primer tercio de la siguiente centuria. Muy semejante es el panorama de las ánforas del tipo Mañá C2b (T-7.4.3.3.), o las ánforas de Brindisi, que circulan entre mediados del siglo II y el final del I d. C. En convivencia con las anteriores se han reconocido otros envases para transporte, algunos inéditos (figura 1, n.º 1 al 11), que permiten ajustar aún más la cronología del registro. Sería el caso de las ánforas T-8.2.1.1. y T-9.1.1.1. o Greco-Itálicas evolucionadas, fabricadas en el litoral meridional de la Ulterior. Todas ellas responden a contenedores de tradición prerromana, cuya producción se inicia o generaliza durante el siglo II, perdurando hasta las primeras décadas del siglo I a. C. (Ramón Torres, 1995:

227; Sáez Romero, 2008a: 555 y 564; Bernal *et al.*, 2007; Arruda y Sousa, 2013: 137). Cáceres el Viejo sería uno de los testimonios más tardíos de la circulación de estos tipos, claramente residuales, lo que no permite prolongar mucho más la cronología del campamento.

Por el contrario, la variante Dressel 1C hispánica para productos piscícolas aparece no antes del primer tercio del siglo I a. C., apuntándose entre el 80 y el 70 (Arteaga, 1985: 218; Pérez Rivera, 2001: 228-234), por lo que Cáceres el Viejo sería uno de los ejemplos más tempranos de comercialización de este tipo.

Por lo que se refiere al ánfora vinaria Dressel 4 de Cos, aunque presenta también un largo recorrido temporal, su presencia resulta particularmente interesante en nuestro yacimiento, porque es especialmente frecuente en los registros hispanos del primer tercio del siglo I a. C. vinculados al conflicto sertoriano, como Azaila, *Valentia* o el Tossal de la Cala.

Al igual que las ánforas, también el estudio de las cerámicas romanas de barniz negro y de sus imitaciones (CIB), que A. Adroher, M. Segura y V. Soria abordan en esta monografía, permite llegar a consideraciones de índole cronológico a partir tanto de los tipos como de su presencia primaria o secundaria dentro del registro arqueológico del campamento, lo que facilita calibrar mucho mejor el marco temporal. Claramente minoritarios son los recipientes de barniz negro de los centros productores de Nápoles (figura 1, n.º 12 al 16), todos ellos de la fase tardía de la Campaniense A (fuente 5/7, la pequeña copita M113, la copa Lamb. 27c o la fuente Lamb. 27ba), salvo tal vez la copa Lamb. 27ab, que es una de las que más perdura (Py *et al.*, 2001: 438). Esta forma podría ser una amortización en contextos tardíos de los remanentes de las últimas producciones napolitanas. Atendiendo a su escasez, con toda certeza la Campaniense A llegó en el equipaje de los militares que se asentaron en el campamento en un primer momento, mientras que no hubo importaciones *a posteriori*. También reducido es el conjunto de cerámica de mesa etrusca (Campaniense B), de la que se ha identificado un plato Lamb. 5 y un fondo de una forma Lamb. 5 o 7 (figura 1, n.º 17 y 18). En este caso, la presencia de un motivo decorativo nos ilustra sobre el hecho de que son producciones de largo recorrido, desde el último cuarto del siglo II a. C. hasta el último cuarto del siglo I a. C. Su escasez en el campamento debemos relacionarla con otros motivos, tal vez la extracción social de los potenciales destinatarios de este tipo, los cuadros medios o suboficiales del ejército, o tal vez los hábitos culturales en razón de su procedencia. En efecto, la escasez de productos etruscos es algo generalizado en la mayoría de las categorías cerámicas identificadas, en particular en la cerámica de mesa de barniz negro y en la cerámica común importada.

Los porcentajes más elevados se reparten entre la cerámica de barniz negro importada de origen caleno (figura 1, n.º 19 al 26) y las imitaciones locales o regionales (CIB), tanto de pastas reductoras como de pastas oxidantes (figura 1, n.º 27 al 37). Por lo que se refiere a la calena destacan los platos de las formas Lamb. 5 a 7, las copas Lamb. 2-3 y las tazas Lamb. 1 y 8, además de algunos soportes Lamb. 4, jarras Lamb. 10 y la forma cerrada Pedroni 700. Precisamente la escasez de la forma Lamb. 7, que se generaliza a partir del segundo y tercer cuarto de siglo (Pedroni, 2001) y no está presente en contextos anteriores, como en el nivel 5 de la Cuesta del Rosario (Sevilla), datado entre el final del siglo II y el inicio del siglo I a. C. (García Vargas y García Fernández, 2009); así como la presencia del tipo Pedroni 700, presente esporádicamente en Hispania en contextos de la primera mitad del siglo I a. C., como Argote de Molina (García Vargas y García Fernández, 2009: Fig. 13.20), nos permiten situar el conjunto en una fase intermedia entre la calena media y la tardía, precisamente en torno a inicio del siglo I a. C., claramente anterior al

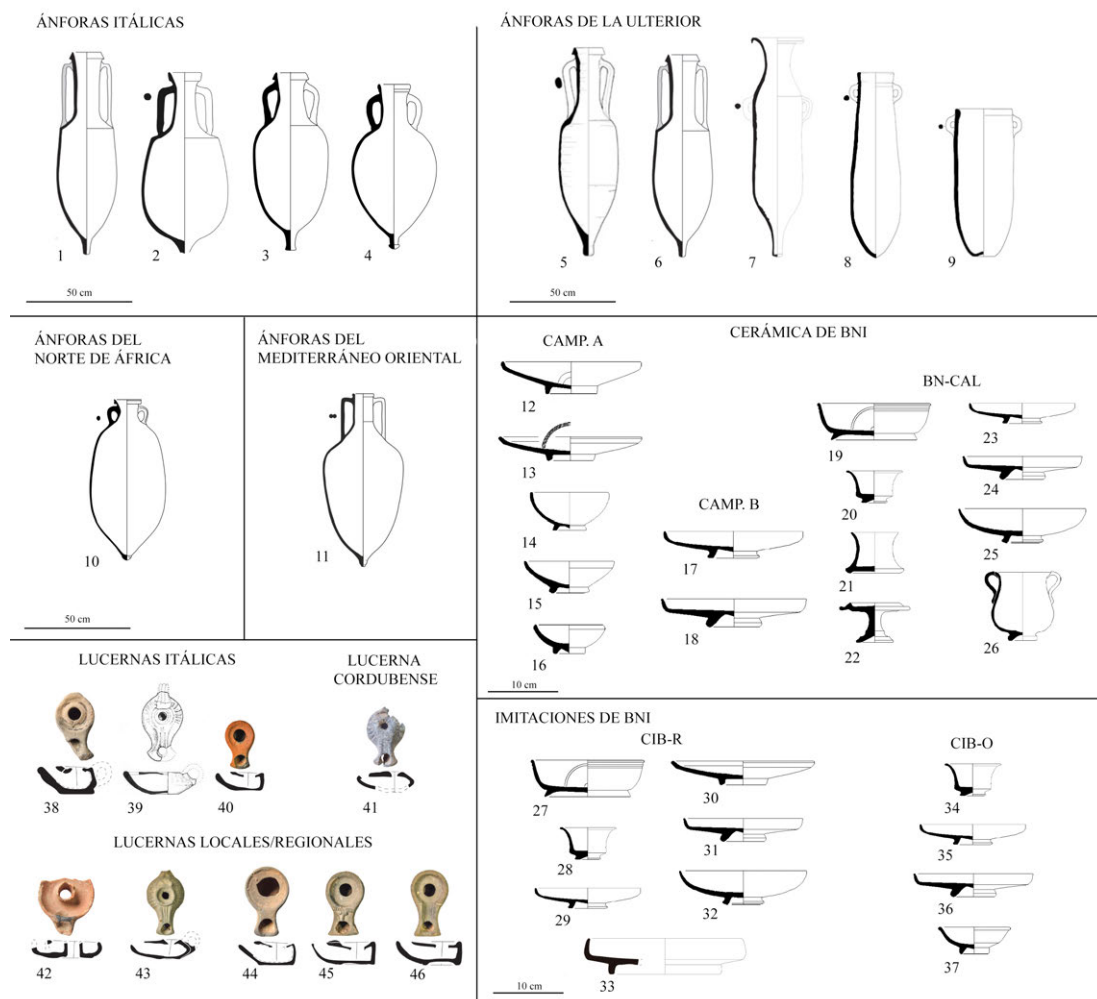


Figura 1. Patrón arqueológico material identificado en Cáceres el Viejo. Cerámicas. **Ánforas, itálicas:** n.º 1, Dressel 1A, B y C; n.º 2, Lamboglia 2; n.º 3 y 4, brindisinas (Giancola 2 y 3, respectivamente); **de la Ulterior:** n.º 5, Greco-Itálica evolucionada; n.º 6, Dressel 1A, B y C; n.º 7, T-7.4.3.3. (Mañá C2); n.º 8, T-8.2.1.1.; n.º 9, T-9.1.1.1.; n.º 10, **africana** de tipo Tripolitana Antigua (=Africana Antigua); n.º 11, **ánfora oriental** de tipo Dressel 4 de Cos. **BNI napolitano:** n.º 12, Lamb. 5; n.º 13, Lamb. 5/7; n.º 14, Lamb. 27ab; n.º 15, Lamb. 27c; n.º 16, CAMP-A 113. **BNI etrusco:** n.º 17, Lamb. 5; n.º 18, Lamb. 7? **BNI caleno:** n.º 19, Lamb. 1; n.º 20, Lamb. 2; n.º 21, Lamb. 3; n.º 22, Lamb. 4; n.º 23, Lamb. 5; n.º 24, Lamb. 7; n.º 25, Lamb. 8; n.º 26, Lamb. 10. **Imitaciones de BNI, (CIB-R):** n.º 27, CIB 1; n.º 28, CIB 2; n.º 29, CIB 5; n.º 30, CIB 5/7; n.º 31, CIB 7; n.º 32, CIB 8; n.º 33, M 114; **(CIB-O):** n.º 34, CIB 2; n.º 35, CIB 5; n.º 36, CIB 7; n.º 37, CIB 28. **Lucernas, itálicas:** n.º 38, Ricci E; n.º 39, Ricci G; n.º 40, Ricci H; **hispánicas:** n.º 41, Ricci G cordubense; n.º 42, Ricci F local/regional; n.º 43, Ricci G local/regional; n.º 44 al 46, Ricci H local/regional y sus variantes. **Paredes Finas, itálicas:** n.º 47, Mayet II, n.º 48, Mayet III; **locales/regionales:** n.º 49, Mayet II.

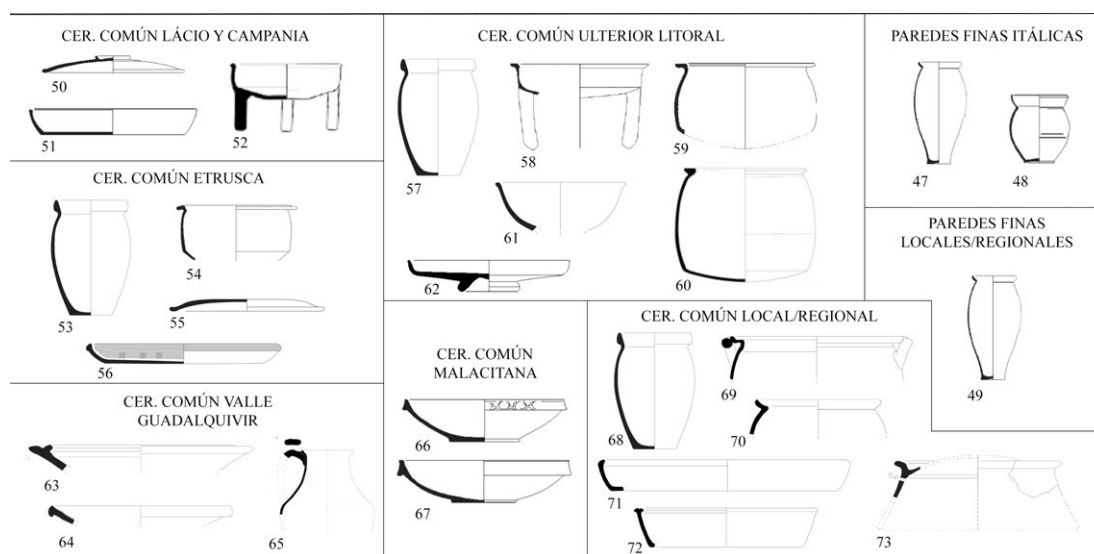


Figura 1. (cont.) Cerámica común, de Lácio y Campania: n.º 50, tapadera; n.º 51, plato/fuente de borde bífido; n.º 52, cazuela trípode; **de Etruria:** n.º 53, olla Vegas 2/Olcese 3a; n.º 54, Cazuela Olcese 2a; n.º 55, tapadera; n.º 56, fuente Luni 1; **de la Ulterior litoral:** n.º 57, imitación de olla Vegas 2/Olcese 3a; n.º 58, imitación de cazuela trípode; n.º 59 y 60, cazuelas; n.º 61, cuenco; n.º 62, imitación de plato Lamb. 7; **del valle del Guadalquivir:** n.º 63, Mortero GDR 3.1.1.; n.º 64, mortero imitación de COM-IT 8b; n.º 65, jarras; **de la costa malacitana:** n.º 66 y 67, morteros Emporiae 36,2/COM-IT 8e; **local/regional:** n.º 68, Olla 3b1, imitación olla Vegas 2/Olcese 3a; n.º 69, Olla 3a1, imitación GDR 12.6.1./2.; n.º 70, Olla 3a2, imitación GDR 12.6.1./2.; n.º 71, Patina 2a, imitación de engobe rojo pompeiano Luni 1; n.º 72, Patina 2c, forma inspirada en las fuentes itálicas; n.º 73, *Operculum/Clibanus* 5a.

70-60 a. C., a partir de la cual la totalidad del conjunto cacereño debería estar representado por el servicio tardío. Muy relevante también es la ausencia de recipientes con la típica decoración en forma de losange, asociada a la fase tardía de esta producción (Pedroni, 2001: 196-200; Principal y Ribera, 2013: 102-103), que marcaría un límite *ante quem* para el conjunto.

Por lo que se refiere a las imitaciones, la información arqueológica que aportan es reducida debido al retraso en la investigación a la hora de asignar cronologías por comparación con otras series bien datadas. La imitación de un plato Lamb. 5/7 característico de las fases más recientes de la Campaniense A, que se populariza sobre todo a partir de la mitad del siglo I a. C. (Py *et al.*, 2011: 440-441), podría apuntar a una cronología más baja. Resulta también interesante la imitación de la forma M114, presente en contextos del segundo y tercer cuarto del siglo I a. C., como es el caso de Monte dos Castelinhos (Pimenta y Mendes, 2014; Soria, 2018), así como de Sevilla (Jiménez Sancho *et al.*, 2006: Fig. 9), o el pecio de La Madrague de Giens (Tchernia *et al.*, 1978: Tav. XVIII, 18). En definitiva, también en este caso es posible asignar una cronología al conjunto en un momento avanzado del primer tercio del siglo I a. C., concordante con la del conjunto anfórico.

A excepción de algunas producciones o formas, la cerámica común, que aborda C. Aguiar en colaboración con uno de nosotros (C. Pereira), proporciona menor precisión a la hora de establecer marcos temporales ajustados. Se ha identificado una enorme variedad (figura 1, n.º 50 al 73), reconociéndose también nuevas formas y producciones, como queda de manifiesto en el capítulo correspondiente. El grupo más abundante es el de las producciones locales / regionales,

que manifiesta una adaptación tipológica clara a la realidad de un establecimiento militar, donde prima el carácter práctico de las formas y el criterio de reducción del coste.

Uno de los elementos que más destaca del conjunto de cerámica común fabricada localmente es la presencia de formas que reproducen fielmente los prototipos itálicos (figura 1, n.º 68 al 73). El amplio plato o bandeja de cocina (*patinae*) que imita la forma Luni 1 de engobe rojo pompeyano, el de borde bífido del tipo Vegas 14 u ollas de borde almendrado, son algunos de los recipientes que circulan regularmente por el Mediterráneo durante el primer cuarto del siglo I a. C., bien documentadas en la región narbonense en cronologías coetáneas a las de Cáceres el Viejo (Sanchez, 2009: 106-119, Fig. 78).

Dentro de la cerámica importada destacan los recipientes de los centros productores de la costa tirrénica (figura 1, n.º 50 al 52) y, en menor medida, de la Etruria (figura 1, n.º 53 al 56). Algunos de ellos proporcionan marcos temporales algo más precisos. La presencia en la península ibérica de las fuentes de engobe rojo pompeyano Luni 1 arranca a partir del último cuarto del siglo II a. C., con ejemplos en Sevilla (Sánchez Sánchez, 1995: 260) y Tarragona (Díaz García, 2000: 169-178, Fig. 172,1), y primer tercio del siglo I a. C., como en la Muralla Rubert (nivel V) de *Emporion* (Sanmartí, 1978: 297-298, 310). Varios elementos resultan muy habituales en contextos sectorianos (Aguarod, 2022: 325-326): en primer lugar, los platos / fuentes de borde bífido (forma Vegas 14), que inician su producción en la segunda mitad del siglo II a. C., continuado por una etapa de gran difusión en el siglo I a. C., para perdurar hasta el siglo I d. C. (Giovanni, 1996: 66 y 79); también, las ollas de borde almendrado Vegas 2 que se encuentran en diversos yacimientos de época republicana, siendo la olla itálica típica de los siglos II y I a. C. (Aguarod, 1991: 103-106); el *tripex* o cazuela-trípode, que se data entre mediados del siglo II y el primer cuarto del siglo I a. C. (Benoit, 1961: 118, Pl. XIX, 17; Giacobbi-Lequément, 1987: 187, Fig. 13 y n.º 41); y finalmente, la cazuela o *caccabus* del tipo Olcese 2a que aparece en contextos de la primera mitad del siglo I a. C., como La Madrague de Giens, fechado entre los años 70-50 a. C. (Giacobbi-Lequément, 1978: 66, Pl. XXII-XXIII), o el pecio de Briga Marina (Olcese, 2012: 571-572, 579, Tav. 5.I, 9).

Por lo que se refiere a las producciones béticas de cerámica común presentes en el ámbito del campamento, su cronología no está tan bien fijada (figura 1, n.º 57 al 67) y debemos remitirnos a la datación de los prototipos itálicos en los que se inspiraban formas como la cazuela-trípode, ollas de forma Vegas 2, cazuelas de borde horizontal y fuentes, servicios de mesa como cuencos y platos inspirados en las formas 1312b de Morel y la Lamb. 7 de la cerámica de barniz negro, morteros, jarras / botellas, tinajas, *dolia*, etc.

Se detectan muy pocos ejemplares de cerámica romana de paredes finas (figura 1, n.º 47 al 49), entre los que destacamos la forma Mayet II y otros recipientes de perfil globular, tal vez relacionables con la Mayet III, características que apuntarían una cronología centrada entre final del siglo II e inicio del siglo I a. C., como indican los paralelos de Monte dos Castelhos (Pimenta, 2014; Pimenta, Soria *et al.*, 2014; Mota *et al.*, 2014), Valencia (Ribera, 2010; 2014b; Ribera y Marín Jordá, 2003) o Cabeça de Vaia Monte (Fabião, 1998; Pereira, 2018). Algunos ungüentarios de perfil fusiforme de los tipos Py B y C se sitúan también cronológicamente entre el siglo II y el último cuarto del siglo I a. C. (Anderson-Stojanovic, 1987; Py, 1993; Camilli, 1999; Huguet y Ribera, 2013). Se constata asimismo un conjunto de cerámica pintada con diversas funciones (platos, recipientes abiertos de gran capacidad, formas caliciformes, tarros de distinto diámetro, jarras y jarros, además de *dolia*). Dicha categoría está muy mal constatada hasta el momento en estos parámetros temporales transicionales entre la cerámica pintada indígena y la romana de

tradición «indígena». Se reproducen formas itálicas, de la bahía de Cádiz, hispanas y también locales. Dichos capítulos fueron abordados por E. Sousa y F. B. Gomes, respectivamente.

El estudio de las lucernas recuperadas en el campamento (figura 1, n.º 38 al 46) revela que se trata de formas fabricadas a torno de la serie de tradición helenística, algunas de ellas con barniz negro de mejor o peor calidad y otras directamente sin barniz. La mayor parte del conjunto es de producción hispana, con una menor cantidad de ejemplares importados de Italia. No podemos dejar de destacar que, en estos momentos, este es uno de los yacimientos más septentrionales de la región extremeña con presencia de este tipo de artefactos, lo que a la vez demuestra que su difusión, al menos en este momento, estuvo asociada a los ejércitos romanos, tanto debido a cuestiones culturales como a la disponibilidad de aceite.

La mayor parte de las formas helenísticas documentadas, como la Ricci F, E, G y H o Tipo Cilíndrico del Esquilino, importadas o locales, que imitan prototipos itálicos, surgen durante los siglos III-II a. C., popularizándose desde final del II y perdurando hasta mediados de la siguiente centuria, incluso alcanzando el periodo triunviral (Ricci, 1973: 219-230; Pavolini, 1987: 141-142). Las lucernas abiertas de tradición helenística, fabricadas en el área bética, parecen arrancar a final del siglo II a. C.

Una de las producciones del taller de Cáceres el Viejo más característica son las lucernas Ricci H decoradas con un relieve fálico. Ya hemos señalado que esta producción es muy específica y se constata solo en la Ulterior. Sus prototipos proceden de la capital provincial.

De suma importancia como hito temporal a tener en cuenta de cara a la valoración de los registros estratigráficos del siglo I a. C. es también el hecho de que estamos ante un conjunto exclusivo de formas lychnológicas de tradición helenística, que marca el momento a partir del cual se empiezan a adoptar los primeros modelos tardorrepublicanos (Dressel 2 y Dressel 3), caracterizados por el cierre del disco y el empleo generalizado del molde, cuya producción arranca a partir de comienzo del siglo I a. C. en el centro de Italia (Ricci, 1973: 204-205). Estos convivirán con las últimas producciones de tipología helenística (Ricci G y Ricci H) en los contextos de mediados del siglo I a. C. En Cáceres el Viejo, yacimiento sertoriano por excelencia, no se verifica aún la presencia de lucernas tardorrepublicanas, al igual que en yacimientos regionales coetáneos como La Loba (Passelac, 2002: 277-283), aunque en otras regiones de la Citerior más próximas a las vías de comercialización marítimo-fluviales ya se detectan en los mismos parámetros temporales, aunque de forma aún meramente testimonial, como sería el caso del Tossal de la Cala (Bayo, 2018: 606) o La Cabañeta (Mínguez y Mayayo, 2014). No es desdeñable la hipótesis de que los primeros ejemplares de las series a molde tardorrepublicana llegaran a Hispania acompañando la impedimenta de algunas tropas desplazadas con ocasión de la guerra sertoriana a la Citerior. Las variantes tardorrepublicanas a molde se harán presentes en la región occidental de la península ibérica a partir del segundo cuarto del siglo I a. C., relegando a las helenísticas a una presencia minoritaria, como ejemplifica el campamento de Lomba do Canho (Fabião, 2007b: 260) o Monte dos Castelinhos (Pimenta, 2024: I, 162-165).

Uno de los capítulos más interesantes de los materiales hallados en Cáceres el Viejo es el de las monedas, que tratan en diferentes apartados C. Blázquez Cerrato y J. González Bornay. A pesar de la ausencia de estratigrafía, la identificación de los diferentes metales, cecas y porcentajes reviste un enorme valor de cara a aquilatar mejor el marco temporal del contexto campamental cuya composición analizamos en estas páginas.

Ya durante las excavaciones de Schulten se recuperaron más de 200 piezas que, junto con otros hallazgos casuales, elevaron la cifra total a 284 ejemplares, de los que Beltrán, a comienzos

de los años setenta del siglo XX, solo pudo localizar 127, aunque algunos de los denarios procedían en realidad de otras colecciones (Beltrán Lloris, 1973-74: 279-280). Ya hemos señalado que este investigador, basándose en las descripciones, pesos y medidas publicadas por Schulten, llegó a proponer que el campamento tuvo que ser abandonado entre los años 96-95 y 93 a. C. Dicha fecha fue retrasada hasta el 80 a. C. por Hildebrandt años más tarde (1984: 296), datación que corrobora A. Arevalo debido a la ausencia en los registros del campamento de la última emisión de la ceca de *Obulco*, posterior a esa misma fecha (Arévalo, 1992: 154). Las intervenciones de 2001 proporcionaron un conjunto de 39 monedas más, cuyo análisis, abordado por B. Mora, en particular el de la UE 701, es coincidente con los hallazgos descontextualizados de Schulten y confirma una datación centrada aproximadamente en torno al año 80 a. C. (Abásolo *et al.*, 2008: 130).

En cuanto a la composición del conjunto, destaca la escasa presencia de moneda de plata romanorrepblicana, piezas que raramente encontramos en contextos militares de uso y que se asocia más a ocultamientos o tesorillos, muy abundantes en el periodo sertoriano, en particular en la fachada atlántica al norte del Tajo, en la zona controlada por el caudillo rebelde en ese momento (Blázquez Cerrato, 2014: 218-219). Se detecta un victoriato acuñado a final del III, que perdura como moneda residual, algo que se verifica en asentamientos militares vinculados a las guerras lusitanas como El Pedrosillo (Morillo *et al.*, 2021: 25), pero también en otros contextos coetáneos a Cáceres el Viejo, como Villasviejas del Tamuja (Blázquez Cerrato, 1995: 247-249, n.º 1), Valde-rrepisa (Marcos Alonso, 1993: 42, n.º 1), *Libisosa* (Sánchez Jiménez, 1945: 93), Camp de les Lloses (Durán *et al.*, 2017: 175) o *Scallabis* (Barbosa, 1995: 239-244). En Cáceres el Viejo se constatan varios denarios romanos de series datadas a lo largo del siglo II a. C., aunque la mitad se concentra entre el 104 y el 101 a. C. El más reciente (RRC 335/3c) se fecha en el 96 a. C. (Crawford, 1975: 333-336). Por el contrario, están casi ausentes los denarios celtibéricos. Aparece también un trisquel púnico de la ceca de *Carthago*, en la Zeugitania.

La masa monetaria principal está conformada por bronce. La moneda romana está representada por acuñaciones con metrología uncial, anteriores por lo tanto al 90 a. C. Su arco cronológico se extiende entre el 208 (RRC 89/3) y el 146 a. C. (RRC 219/2). Destaca un as de *Obulco* acuñado entre el 110 y el 80 a. C. por la ceca de Roma, fenómeno que se vincula normalmente con el pago a las tropas romanas durante la guerra sertoriana (Arévalo, 1999: 232). Blázquez Cerrato ha demostrado la escasez de este tipo de moneda en el occidente peninsular y su concentración a lo largo de vías muy concretas de penetración desde el sur hacia la Extremadura española (Blázquez Cerrato, 2014: 417-418). El hallazgo de una moneda gala completaría el panorama del abastecimiento extrapeninsular.

La mayor proporción de cecas hispanas corresponde a las de la Ulterior (figura 2, n.º 11 al 15), destacando *Kastilo* y *Obulco*, seguidas por *Gades*, *Carteia* y *Corduba*. *Kastilo* es la más representada, con más de 50 piezas, destacando las series IV y VI, muy habituales en establecimientos militares cercanos al Tajo, como Chões de Alpompe (Fabião, 2014: 14) y Cabeça de Vaiamonte (Pereira, 2018). Le sigue *Obulco*, faltando ejemplares de la última emisión, posterior al 80 a. C. (Arévalo, 1999: 154). Se encuentran también ejemplares de la ceca fenicio-púnica de *Gadir* (serie 6a), muy habitual en Extremadura, y de *Carteia* (serie 13a), además de un ejemplar de *Lascuta*. Asimismo, se constatan producciones de los talleres de *Ulia*, *Dipo* y *Brutobriga*. Mención especial merecen las monedas de la ceca de *Corduba*, con 36 ejemplares de la primera emisión de las cuatro conocidas. La abundancia de las piezas de este taller en asentamientos cercanos como Villasviejas del Tamuja ha llevado a Chaves a considerar la primera emisión de la capital de la

Ulterior como una «moneda de necesidad», que pudo haber sido acuñada en momentos y lugares diferentes, debido al desabastecimiento de moneda oficial, lo que entraría dentro del concepto de «imitaciones» oficiosas (Chaves, 2006: 378-380). De cualquier manera, viene a reforzar las conexiones existentes entre Cáceres el Viejo y *Corduba*.

Por lo que se refiere a las de la Citerior, destacan *Sekaisa*, taller muy abundante en Extremadura y el Sudoeste peninsular, *Titiakos*, *Ekualakos*, *Iltirta*, *Arekoratas*, *Kese*, *Okalakon*, *Kontebakom Bel* y *Untikeskem*. A ellas se les puede añadir una moneda de la Galia Narbonense de la ceca ibérica *Neronken*, con metrología y leyenda ibéricas y muy relacionada con las del noreste peninsular. Esta última se ha puesto en relación con la presencia de tropas reclutadas en *Gallia* durante la guerra sertoriana (Abásolo *et al.*, 2008: 134). Otra ceca muy presente es la celtibérica *Tamusia*, que se localiza actualmente en el cercano yacimiento de Villasviejas del Tamuja y muy vinculada con la de *Sekaisa*, seguramente en relación con el desplazamiento de poblaciones celtibéricas como mano de obra o tropas (Blázquez Cerrato, 1995: 253). Las producciones de este taller se concentran en la Beturia céltica y las explotaciones mineras de La Loba, Hornachuelos, Diógenes y *Sisapo*.

Interesante es la presencia de varios plomos monetiformes, entre los que destaca uno de Carmo y otro de la «serie de las minas».

No cabe duda que estamos ante un patrón de circulación muy retardatario, característico de los contextos de este momento, muchos de ellos con un carácter militar o minero, que funcionan como ámbitos casi cerrados debido a la escasa monetización de las regiones de nueva incorporación, donde las piezas presentan una larga perduración y un elevado grado de desgaste (Amela, 1990; Ruivo, 1997; Ruivo *et al.*, 2015; Blanco Arcos, 2022). El panorama de la circulación monetaria de Cáceres el Viejo, a pesar de la presencia de acuñaciones del siglo II a. C. de claro carácter residual, nos permite situarnos en torno al 80 a. C., lo que resulta muy semejante a otros contextos como Azaila (Beltrán Lloris, 2013: 460-462) y *Libisosa* (Uroz Rodríguez y Uroz Sáez, 2014, Fig. 9). Pero también a otros establecimientos con vinculación militar, como Chões de Alpopmé y Cabeça de Vaiamonte. En estos casos, el establecimiento de marcos temporales más precisos reposa en la composición del conjunto. Por poner un ejemplo, existe una fuerte coincidencia entre el registro numismático de Cáceres el Viejo y el de Chões de Alpopmé (Fabião, 2014: 14). Pero en el caso portugués la ocupación de final del siglo II a. C. se ve confirmada por una abundante cantidad de materiales, en los que la cerámica romana de barniz negro y las ánforas no dejan lugar a dudas respecto a su cronología (Diogo, 1993; Diogo y Trindade, 1993-94; Pimenta y Arruda, 2014). En el caso de Cáceres el Viejo, el resto de los materiales avala una cronología más acorde con el primer tercio del siglo I a. C.

Muy llamativa es también la coincidencia desde el punto de vista monetario con algunos establecimientos mineros de la región, en particular con Villaviejas del Tamuja (Blázquez Cerrato, 2002: 260-265; Heras Mora, 2016: 231-234; 2018: 157-165).

Los elementos de vajilla metálica (figura 2, n.º 1 al 10), que presentamos en esta monografía R. Erice y uno de los firmantes del presente capítulo (C. Pereira), no suelen ofrecer demasiadas posibilidades de establecer marcos temporales ajustados, aunque se constatan algunas piezas que permiten afinar la cronología del conjunto, ya que estamos ante un horizonte de amortización de recipientes de tipos que se fabrican en momentos coincidentes con el conflicto sertoriano. No podemos olvidar que es un material más resistente, con mayor perduración y susceptible de reparar. El conjunto revela una cierta homogeneidad cronológica, aunque algunos elementos pueden aparecer en contextos más antiguos, como el ánfora de tipo Agde (Feugère, 1991: 48), o más



Figura 2. Patrón arqueológico material identificado en Cáceres el Viejo (por una cuestión práctica, la escala no coincide entre los artefactos). Otros materiales. **Vajilla metálica:** n.º 1, ánfora de tipo Adge, n.º 2, ánfora de tipo indeterminado, n.º 3, colador; n.º 4, barreño Egger 94 o 95; n.º 5, barreño/palangan; n.º 6 y 7, jarros bitroncocónicos; n.º 8, vaso de tipo Idria; n.º 9 y 10, simpula de mango horizontal y vertical.

Monedas: n.º 11, unidad de bronce de *Kastilo* (MIB 157/15e); n.º 12, unidad de bronce de *Obulco* (MIB 159/10); n.º 13, quadrans de *Corduba* (MIB 174/03); n.º 14, unidad de bronce de *Tamusia* (MIB 142/1b); n.º 15, unidad de bronce de *Sekaisa* (MIB 117/24). **Fíbulas:** n.º 16, CV 1/2c, Schüle 4h; n.º 17, CV 4/1d, Erice 7.2b; n.º 18, CV 4/1e, variante Telamon; n.º 19, CV 2, hispana zoomofa (caballito); n.º 20, de tipo Omega.

Ponderales: n.º 21, de bronce; n.º 22, de plomo; n.º 23, de serpentina.

recientes, como el barreño o recipiente con pie macizo (Bolla, 1991a: 117), uno de los ejemplares más antiguos de esta tipología constatados en el mundo romano. Estos artefactos son comunes en contextos de final del siglo II, pero sobre todo en el siglo I a. C., momento en el que se generaliza el gusto por la vajilla metálica entre las élites romanas.

Por lo que se refiere a las armas (figura 2, n.º 24 al 34), importante conjunto abordado por C. Fernández Ibáñez, su aportación de cara a aquilatar mejor el marco temporal es poco consistente debido a los amplios abanicos cronológicos en los que se mueven los diferentes tipos y la falta de registros arqueológicos que permitan establecer hitos o marcadores innegables. Nos encontramos, por un lado, armas muy antiguas, con varios siglos a sus espaldas desde que fueron

MILITARIA

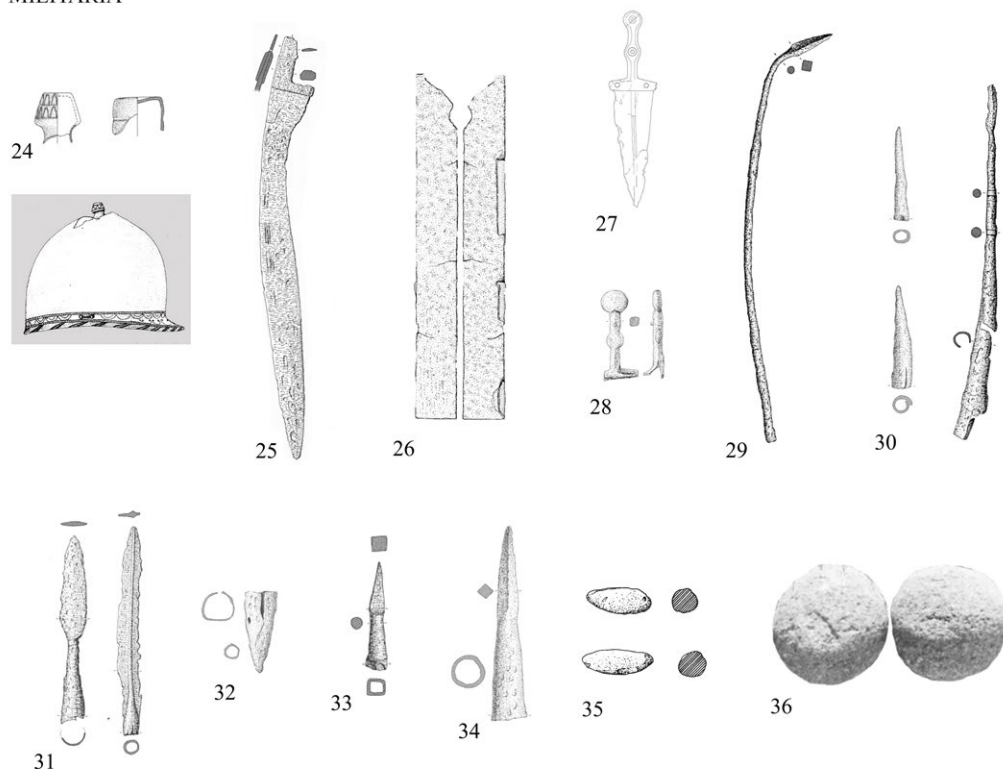


Figura 2. (cont.) Militaria: n.º 24, cimera de yelmo Monfortinho; n.º 25, falcata; n.º 26, Vaina de tipo La Tène; n.º 27, daga proto-bidiscoidal; n.º 28, daga bidiscoidal; n.º 29, *pilum*; n.º 30, jabalinas y venablos; n.º 31, Moharras de lanza y pica; n.º 32, regatón; n.º 33, punta de dardo de *cheiroballesta*; n.º 34, moharra de proyectil de catapulta; n.º 35, proyectiles de honda; n.º 36, proyectiles líticos de *balista*.

fabricadas y que continuaban en uso: falcata, vainas de espada de tipo La Tène y daga proto-bidiscoidal. Junto con las lanzas, jabalinas y venablos que no nos es posible evaluar desde el punto de vista temporal debido a la simplicidad de sus formas, todas formarían parte de los pertrechos guerreros que portarían las tropas.

Una segunda agrupación de *militaria*, la más cuantiosa tanto en número como en tipos, podríamos considerarla como un *continuum* respecto al siglo anterior. Estaría formado por los yelmos Montefortino, de los que no hay constancia que se siguieran fabricando en el siglo I a. C. Respecto a la artillería, encontramos proyectiles esféricos de piedra y plomo, máquinas y hondas que vemos en la Península desde la contienda púnica. Junto a los pequeños proyectiles de catapulta tipo *scorpio*, que no nos es posible de nuevo evaluar por la sencillez de sus formas. Al ser un tipo que hemos intentado reconocer en Cáceres el Viejo, es posible que no se utilizase de una manera tan destacada hasta el inicio de siglo, si bien tal vez el estado actual de la investigación tenga algo que ver y esto sea solo un problema de documentación arqueológica. Lógicamente este armamento, básicamente y salvo excepciones (*glandes*), se encontraría en manos de soldados itálicos.

El último conjunto de armas, más reducido, incluiría el armamento en fase de transformación, aunque con matices. Nos referimos en concreto a los *pila*, donde se observa que los de placa comienzan a reducirse, habiendo desaparecido los de forma en reloj de arena con aletas,

característicos de los siglos III y II a. C. (Blé Gimeno, 2015: 145), que si aparecen por ejemplo en Peña de l'Águila (Bayo, 2018: 303), sin duda reutilizados. Las dagas, un arma que el ejército romano adoptará masivamente para sus tropas, presentan en Cáceres el Viejo las características del modelo bidiscoidal «a la romana». Su amplio pomo, la empuñadura tripartita con aristas simples o la materia de su confección (hierro), rasgos característicos que aparecen a finales del siglo II a. C., ya nada tienen que ver con el modelo original hispano que se remonta a varios siglos (Kavanagh, 2008; Fernández Ibáñez *et al.*, 2012). Estos serían los únicos marcadores temporales que aportarían una datación de final del siglo II o primeras décadas del I a. C. en un ejército con un armamento en fase de cambio, que culminará sus innovaciones con César y Augusto.

En cuanto a los elementos de indumentaria personal (figura 2, n.º 16 al 20), de las cincuenta fíbulas que se encontraron, Ulbert pudo dibujar o volver a dibujar todas menos cinco, que estaban perdidas o que no llegó a encontrar, pero incluyó los bocetos recogidos de los preinformes de las excavaciones antiguas. El conjunto de fíbulas de Cáceres el Viejo, que estudia R. Erice, está fabricado mayoritariamente de una aleación del cobre, probablemente de bronce, y un número reducido de ellas de hierro. Las fíbulas de este campamento republicano muestran una evolución tecnológica, que no cronológica. Se detectan fíbulas de Pie Vuelto, con Esquema de La Tène Medio, aunque no las de la variante hispana con ornamentación de esferas en el apéndice caudal, comunes en otros yacimientos del periodo sertoriano, como Fosos de Bayona, Santorcaz o Muela de Taracena, del tipo Nova vas, además de en omega y de caballito. Pero el tipo mayoritario es el Nauheim, que comprende casi la mitad de los elementos de este conjunto. Este es un grupo muy heterogéneo, pero es quizá el que ofrece una mayor precisión cronológica. Los primeros ejemplares galos se fechan al comienzo del siglo I a. C. (Feugère, 1985: 225-226), mientras que la expansión de su forma más antigua (tipo 5a) en Hispania es fechada por este mismo autor en la década de los 70-60 a. C. Su hallazgo en Cáceres el Viejo permite anticipar su llegada a la península ibérica al segundo decenio del I a. C., aunque faltan por el momento otros contextos que así lo confirmen.

Una agrupación tan amplia y diversificada como la de nuestro campamento nos pone en contacto con elementos poco habituales en contextos militares o sobre los que la investigación suele pasar de puntillas. Entre ellos debemos llamar la atención sobre los ponderales (figura 2, n.º 21 al 23), de los que se han localizado una decena de juegos, analizados por C. Blázquez y D. Barrios. Destaca la variedad de formas, materiales y metrología. Pero su abundancia pone de manifiesto que, al menos desde este momento, formarán parte del equipamiento del ejército en establecimientos permanentes. Otro elemento que destacar, frecuentemente poco trabajado en los recintos tardorrepublicanos son los restos de pavimentos de ladrillos romboidales (*opus figlinum*), fabricados en campamentos más o menos estables como solados de bajo coste para construcciones arquitectónicas. En muchas publicaciones se confunde directamente con los ladrillos de *opus spicatum*, claramente empleado en momentos posteriores. El capítulo correspondiente fue elaborado por R. Durán Cabello y A. Morillo.

El contexto que acabamos de definir se ve enmarcado en una cronología proporcionada por las fuentes, que establece en torno al 79 a. C. la expedición de castigo de Metelo contra Sertorio, en el transcurso de la cual se funda *Castra Caecilia*. El análisis de la arquitectura (*forum*, templo, posible complejo termal tardorrepublicano, etc.), así como la castrametación del campamento (planta rectangular con esquinas en ángulo recto, estricta orientación al orto solar) proporciona además numerosos indicios de que estamos ante un momento de transición entre los

campamentos republicanos del siglo II a. C. y los modelos augusteos, posterior en todo caso a la Guerra Social y a la reforma del ejército, momento que, con toda seguridad, corresponde al conflicto sertoriano.

Todos estos elementos han permitido, gracias al exhaustivo trabajo del equipo que firma los diferentes capítulos de esta monografía, reconstruir un patrón arqueológico material tipo, con marcadores muy bien definidos, que respondería a un campamento militar en el occidente peninsular durante el periodo de la guerra sertoriana, que puede servir de modelo para comparar con otros horizontes del mismo momento.

3. La comparación con otros horizontes coetáneos. Hacia la definición de un patrón-material «tipo» sertoriano

El patrón material de Cáceres el Viejo presenta lógicamente grandes semejanzas con otros yacimientos militares (campamentos, fuertes) o con evidencias de la presencia del ejército romano (asedios de ciudades y *oppida*), en el periodo de las guerras sertorianas, momento en el que se registra una gran actividad bélica (Morillo y Sala Sellés, 2017). Las características de estos contextos sertorianos ya fueron avanzadas hace unos años por M. Beltrán en un trabajo pionero en este sentido (Beltrán Lloris, 2002), si bien hoy en día podemos avanzar sensiblemente gracias a la publicación de nuevos registros arqueológicos o la reinterpretación de los antiguos. Aún así, debemos tener en cuenta que la función o el escenario geográfico introduce *de facto* elementos de diferenciación en los registros, debido a su posición geográfica, al mayor o menor grado de integración en la cultura romana y en las corrientes comerciales mediterráneas, así como al mantenimiento de hábitos o costumbres culturales de raigambre prerromana.

Sin duda los más próximos al de Cáceres el Viejo son los contextos de los campamentos coetáneos o en aquellos establecimientos con una presencia militar muy importante, algunos de ellos objeto de asedio y ocupación. Entre ellos destacarían el Tossal de la Cala o *Valentia*. En un segundo escalón se encontrarían aquellos asentamientos de origen indígena como Azaila, La Caridad de Caminreal, *Libisosa* (Lezuza) o Cabeça de Vaia Monte, donde el peso de la tradición cultural preexistente se hace notar sobre todo en la pervivencia de producciones cerámicas, lo que produce unos patrones diferenciados de consumo en este capítulo. Sin olvidar el caso particular de Villasviejas del Tamuja, donde su cercanía al campamento cacereño genera una interrelación muy particular (figura 3). Vamos a centrar en ellos nuestro análisis aunque vamos conociendo un número creciente de asentamientos de esta naturaleza repartidos por buena parte de la geografía peninsular.

Aunque haya sido uno de los últimos en darse a conocer, el fortín sertoriano de Tossal de la Cala es uno de los que presenta mayores similitudes con Cáceres el Viejo, lo que revela patrones de consumo y aprovisionamiento muy cercanos (Bayo, 2018; Bayo *et al.*, 2021). Las ánforas vinarias itálicas Dressel 1A y 1B y Lamboglia 2 son muy abundantes, seguidas por los tipos menos frecuentes de Brindisi y de Cos, además de las producciones haliéuticas de la Ulterior, concretamente las T-7.4.3.3. Sin embargo, se detecta un comportamiento algo diferenciado en cuanto a los porcentajes de cerámica romana de barniz negro, en los que están mejor representadas las producciones napolitanas que las calenas, una peculiaridad compartida por toda la costa levantina peninsular, aunque sus porcentajes son reducidos en comparación con el conjunto. Este comportamiento debe tener que ver más con las fuentes, rutas de aprovisionamiento y redes comerciales diferenciadas que con un

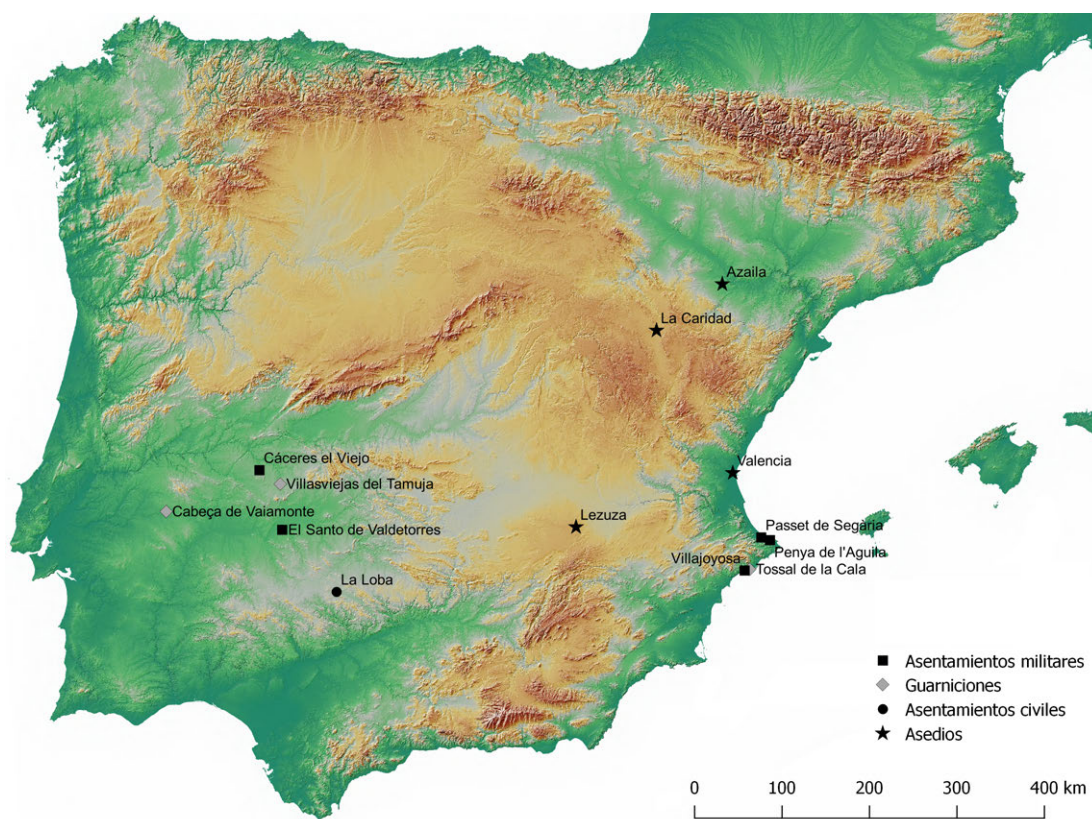


Figura 3. Asentamientos mencionados en el texto del primer cuartel del siglo I a. C. (Mapa de base de los Servicios de Cartografía de la UAM).

criterio temporal. También es llamativa la presencia de las primeras series de lucernas romanorrepúblicas a molde junto con las lucernas de tradición helenística. De hecho, las variantes Dressel 2 u Dressel 3 ya se encuentran en contextos sertorianos en contextos a orillas del Mediterráneo (García Barrachina, 2016: 138) y del valle del Ebro (Mínguez y Mayayo, 2014), mientras aún no han alcanzado asentamientos coetáneos del occidente peninsular como La Loba (Passelac, 2002) o Cabeça de Vaíamonte (Pereira, 2018: 365-366), tal vez por el propio carácter retardatario de los talleres de la capital de la Ulterior o por la lejanía de dichos escenarios a las rutas comerciales principales.

Un aspecto que destacar de este asentamiento es la abundancia de *militaria* muy semejante a Cáceres el Viejo, en particular *pila*, algo que se hace extensible al vecino fortín de Peña del Águila (Doménech y Sala Sellés, 2021), enmarcado dentro de la misma casuística que el Tossal de la Cala (Bayo, 2018: 303). También se perciben semejanzas en ciertos comportamientos monetarios, como la abundancia de bronce romanos unciales, raros en los contextos hispanos de final del II y comienzo del I a. C., algo que comparte tanto el Tossal, como otros fortines sertorianos de la costa levantina, como Passet de Segària y la Peña de l'Aguila (Doménech, 2014: 91-97).

La escasez de materiales recuperados en el campamento de Villajoyosa, no permite llegar a mayores conclusiones más allá de su cronología sertoriana (Espinosa Ruiz *et al.*, 2014).

Uno de los contextos más semejantes, también levantino, es el de *Valentia*, destruida por las tropas pompeyanas en el 75 a. C. y que es uno de los mejor conocidos. Las diversas publicaciones que han ido apareciendo sobre dicho yacimiento (Ribera y Marín Jordá, 2003; 2003-2004; Ribera,

2013; 2014a; 2014b; 2017; Ribera y Pascual Berlanga, 2015) confirman una cultura material muy semejante a la de Cáceres el Viejo. Prácticamente se encuentran los mismos tipos anfóricos que en este campamento (Dressel 1A, envases Brindisinos, tipo Tripolitano Antiguo, Dressel 4 de Cos, T-7.4.3.3. y T-9.1.1.1., faltando solo algunos envases piscícolas meridionales (Dressel 1 hispánica, T-8.2.1.1.), así como la Lamboglia 2. Muy semejante también es el panorama de las producciones de mesa de barniz negro, donde la calena es la producción mayoritaria, con casi el 50%, mientras las napolitanas son secundarias, aunque alcanzan un porcentaje más elevado que en Cáceres. El barniz negro etrusco representa una proporción reducida, al igual que la siciliota. Se menciona la presencia de imitaciones, pero no su naturaleza, aunque su representatividad queda limitada al 5% (4,6%). En ambos casos es mayoritario el plato Lamb. 5 dentro del servicio de barniz negro. En el ámbito de la cerámica común cabe reseñar que la olla de borde almendrado, tan frecuente en el recinto militar de Cáceres el Viejo, apenas está testimoniada en los estratos más antiguos de la Valencia. Tampoco se constata en la capital valenciana una pieza tan característica de los ambientes militares como el *clibanus* (Huguet, 2016: 542, 549, 581). Por lo que se refiere a las lucernas, solo se constatan la formas Ricci E y Ricci G de nuestro repertorio. Pero dichos elementos de iluminación no son muy abundantes en contextos tardorrepblicanos.

También algunos de los hallazgos de *militaria* de *Valentia* presentan paralelos con los de Cáceres. Nos referimos en concreto a la *dolabra* y al *pilum* de placa o lengüeta de punta piramidal, que junto con el de La Caridad y el de nuestro campamento constituían los únicos ejemplos documentados en Hispania (Ribera, 1995b: 31 y 33, Figs. 13, 15-1 y 2), a los que se ha sumado recientemente el de Peña de l'Aguila (Doménech y Sala Sellés, 2021: 54, Fig. 13).

Otro de los conjuntos con los que existe notables similitudes es precisamente el de La Caridad de Caminreal, del que acabamos de conocer un análisis preliminar. La cultura material de este yacimiento revela pautas muy coincidentes en los aspectos de armamento y ajuar metálico, mientras en el ámbito cerámico priman los elementos indígenas, al igual que en la circulación monetaria (Vicente *et al.*, 1997; Ezquerro, 2007; Vicente y Ezquerro, 2022). Estas diferencias derivan de su carácter de *oppidum* en proceso de transformación cultural a la romana, que acaba siendo asediado en el año 74 a. C. En el ámbito de los *militaria* debemos reseñar la presencia de elementos idénticos, como el *pilum* de placa o lengüeta de punta piramidal, el casco Montefortino, la falcata, la daga de hoja triangular y la catapulta o *scorpio*, a los que debemos añadir los proyectiles de honda (Vicente *et al.*, 1997: 169-181 y 193-196; Sáez Abad, 2009: 1080-1081; Vicente y Ezquerro, 2022: 145-147). Se identifican también elementos metálicos como placas de cerradura o útiles de cocina muy similares, además de pinzas, embudos o sondas, a los que se suman instrumentos para la agricultura. Entre los elementos de indumentaria se verifican las fíbulas La Tené, Nauheim y Omega, además de otros tipos autóctonos y una pre-Alesia.

Por lo que se refiere a la cerámica, abundan las de tradición indígena. Entre las comunes importadas destacan las fuentes de engobe rojo pompeyano y de borde bífido, bien conocidas en Cáceres el Viejo. La cerámica de mesa de barniz negro itálico está representada casi en su totalidad por las producciones calenas medias y tardías, con presencia muy puntual de producciones etruscas, napolitanas y siciliotas. Se constatan los platos Lamb. 5, los cuencos Lamb. 1 y los cubiletes Lamb. 3, formas estas últimas no representadas en Cáceres. En menor proporción aparecen los platos Lamb. 5/7, Lamb. 2 y Lamb. 4, además de Lamb. 7. Se verifican CIB de las formas Lamb. 1, 2, 3, 5, 6, 26/27 y 36. También se detectan las mismas producciones importadas itálicas puntuales de cerámica de paredes finas Mayet II y III.

En cuanto a la numismática se detectan considerables diferencias entre Cáceres el Viejo y La Caridad (Ezquerro y Vicente, 2015: 327-343), sin duda derivadas tanto de su posición geográfica como de su carácter de asentamiento civil. Abundan en este caso las emisiones de cecas ibéricas o celtibéricas del noreste peninsular, aunque se documentan también presencias minoritarias de *Kastilo* y *Corduba*, junto a otras cecas hispanorromanas como *Calagurris*, *Celsa* y *Valentia*. La presencia de moneda de Roma se limita a un ejemplar.

Un panorama semejante, también en este caso de carácter civil y con fuerte presencia de cerámicas locales ibéricas, lo encontramos en los niveles de destrucción de *Libisosa* (Lezuza) (Uroz Rodríguez y Uroz Sáez, 2014). Se detectan las mismas tipologías de ánforas que en nuestro campamento, sumando el tipo T-8.2.1.1. (Carmona). El predominio de las producciones calenas frente a las napolitanas y la escasa representación de los productos etruscos se constata en el campo de las cerámicas de barniz negro. Se verifican numerosas imitaciones (CIB) de diferentes tipos, entre las que destacan las formas Lamb. 2 y Lamb. 5 (Uroz Sáez *et al.*, 2007; Hernández Canchado, 2008). La vajilla metálica comprende un vasto conjunto con sorprendentes paralelos con Cáceres el Viejo; ánforas tipo Agde, *simpula*, coladores, jarros, tazas y sartenes-vasos, pero sobre todo una palangana idéntica a la del campamento cacereño (Uroz Rodríguez, 2015). Algunos elementos de armamento como *pila* o dagas son igualmente similares (Quesada Sanz y Uroz Rodríguez, 2020: 20, 29, 40, Fig. 5C). Entre el numerario cabe reseñar un victoriatum (Sánchez Jiménez, 1945: 93), así como piezas de la serie IV y V de *Kastilo* y de *Obulco* (Uroz Rodríguez y Arévalo, 2020: 87-114).

También los conjuntos de la fase final de Azaila (Beltrán Lloris, 2013; 2018) permiten establecer una comparativa con los de Cáceres el Viejo. Se confirma la presencia de las tres variantes de ánforas itálicas Dressel 1, además de Lamboglia 2, de Brindisi, Tripolitanas Antiguas y T-7.4.3.3. de la Ulterior. La cerámica de barniz negro presenta el mismo patrón, con preponderancia de los productos de Cales en convivencia con elementos residuales de producción de Nápoles y Etruria. Las imitaciones en pasta cenicienta están presentes, si bien con escasa representatividad. Se verifica la presencia de formas de lucernas de influencia helenística (Ricci B, C, E y H), a las que se asocia un fragmento del tipo Deneauve X. Dentro de la cerámica común aparecen formas presentes en ambos asentamientos, en concreto la forma Luni 1 del grupo de engobe rojo pompeyano y la fuente de tipo Olcese 2a y 3a con sus respectivas tapaderas, junto con la forma Vegas 14 de borde bifido. Los bronce y metales (fibulas, *glandes*, objetos de uso cotidiano, vajilla, *simpula*) resultan muy semejantes a los de Cáceres el Viejo. En cuanto a la numismática, el panorama está presidido asimismo por los ases republicanos semiunciales y las mismas series de *Kastilo* y *Carteia* que se localizan en nuestro yacimiento, además de moneda de *Corduba* y de cecas ibéricas.

Sería lógicamente la región donde se ubica el campamento de Cáceres el Viejo, con patrones culturales preexistentes más semejantes y sometida a un proceso de conquista, guerra y ocupación en los mismos parámetros temporales, donde deberían verificarse los registros más semejantes. Nuestro campamento es un establecimiento puramente itálico fundado *ex novo* en un territorio bastante alejado aún de la órbita comercial romana, como demostraría la escasez de cerámica romana de barniz negro en la región (Heras Mora *et al.*, 2014: 181). La comparación debería realizarse con campamentos similares, como probable asentamiento del El Santo de Valdetorres, del que se han publicado algunos materiales anfóricos y de barniz negro que guardan ciertas similitudes (Heras Mora, 2009: 321-322).

Mucho más interesante es cotejar el registro con el de establecimientos indígenas con una presencia u ocupación militar. Entre ellos destaca Cabeça de Vaiamonte, que presenta una génesis

más antigua y dilatada en el tiempo y uno de los mejores ejemplos del «ejército oculto» entre el elemento civil, para el que ya se ha señalado una ocupación militar con grandes paralelos con Cáceres el Viejo (Fabião, 2007: 128-130; Pereira, 2018). Es una fortaleza sobre un lugar elevado, con una larga ocupación desde la Edad del Bronce. Habida cuenta de las circunstancias de su excavación es difícil reconstruir contextos y asociaciones de materiales, pero en las importaciones itálicas y sus respectivas imitaciones se detecta una densificación en un momento coetáneo al del campamento cacereño.

Se conocen pocos fragmentos de ánforas (Fabião, 1998: II, 157-158). Entre ellos destacan escuetos fragmentos del tipo itálico Dressel 1A (Pereira, 2018: 58-62). Las cerámicas de barniz negro ofrecen un panorama idéntico al de Cáceres el Viejo, donde la expresividad de las producciones de Cales (Lamb. 1, 2, 3, 4 y 5/7) disminuye las napolitanas tardías (Lamb. 5 y 27). Las características de las imitaciones (CIB), tanto en pastas reductoras como oxidantes, las hacen muy similares (Pereira, 2018: 77 y ss.; Soria, 2018: 232-235). También semejanzas las encontramos en cuanto al registro lucernario, donde aparecen las mismas formas, aunque en este caso se detecta una de las producciones tardorrepúblicas a molde (Dressel 2A), que puede ser incluso un elemento descontextualizado del periodo posterior (Pereira, 2018: 355-356). Dentro de la cerámica de paredes finas encontramos las mismas formas importadas (Mayet II y III). El tipo Mayet II fue reproducido localmente (Pereira, 2021: 265-266).

Además, algunos datos permiten correlacionar ambos asentamientos desde el punto de vista de la moneda circulante: proporción mayoritaria de ases unciales, presencia importante de las series VIa y VIb de *Kastilo* entre la moneda de la Ulterior, así como de la emisión de final del II o comienzo del I a. C. de la ceca de *Carteia* y predominio de las emisiones de *Sekaisa* entre las de la Citerior (Pereira, 2018: 193-201). La moneda de plata es mucho más numerosa en Cabeça de Vaiamonte, lo que, teniendo en cuenta que no se trata de materiales recuperados en excavaciones, plantea un sesgo que la asemeja mucho más a tesorillos sertorianos (Blázquez Cerrato, 2002: 259-260). Muchos de los restos de armamento localizados en Vaiamonte (puntas de *pila*, empuñadura de espada, vaina, regatones de lanza, *dolabra*) tienen sus paralelos entre los materiales de Cáceres el Viejo. Igual sucede con la metalistería y las fíbulas (tipos de Pie Vuelto de esquema de La Tène I, Ponte 32 y Nova Vas) (Pereira, 2014: 331; 2018: 146).

Otro yacimiento, en este caso un poblado civil muy cercano a nuestro campamento con una presencia militar que se va revelando cada vez más importante, presenta también numerosas concomitancias. Nos referimos a Villasviejas del Tamuja (Botija). Ya hemos apuntado más arriba las enormes semejanzas entre Cáceres el Viejo y Villasviejas desde el punto de vista de la masa monetaria circulante (Blázquez Cerrato, 2002: 260-265; Heras Mora, 2016: 231-234; 2018: 157-165), lo que nos habla de una estrecha relación humana entre ambos centros. Pero estas semejanzas se hacen patentes además desde el punto de vista de las producciones de barniz negro, aunque en este caso la presencia de materiales de las fases anteriores del poblado distorsiona en parte los porcentajes. Los recipientes napolitanos son menos numerosos y se concentran en las fases antiguas vinculadas al poblado. El repertorio formal es muy semejante (Lamb. 2, 5, 5/7, 7 y 27). Los productos importados de Cales son sobre todo de las formas Lamb. 1, 3, 5 y 8. Muy abundantes son los recipientes de imitación de barniz negro, habiéndose confirmado una producción local, cuyas características podrían identificarlas con productos presentes en el propio campamento de Cáceres el Viejo.

El grupo de las ánforas de Villasviejas es mal conocido. Pero se conoce una elevada presencia del contenedor Dressel 1 itálico, siendo escasas las ánforas Greco-Itálicas evolucionadas y los recipientes de Brindisi (Hernández Hernández *et al.*, 1989). También poco conocidos son

los registros de cerámica de paredes finas y lucernas, documentándose formas Mayet I y II en el primer caso, y Ricci G con decoración radial (Hernández Hernández *et al.*, 1989: 36, Fig. 14 n.º 83 y 128) y, tal vez, Ricci H (ejemplar que ha sido clasificado erróneamente como Dressel 2 o Dressel 3), en el segundo (Morales Martín *et al.*, 2021: espec. 285, Fig. 6).

La presencia militar se ve refrendada por un vasto conjunto de artefactos metálicos: lanzas, atalajes equinos, puñales, espadas, umbos de escudos, glandes, piquetas de tienda, ponderales, etc., muy bien representados en las necrópolis (Hernández Hernández y Martín Bravo, 2017). También existen bastantes semejanzas en cuanto al conjunto de fibulas, identificándose, como en Cáceres, los tipos La Tène, Nauheim y Omega.

Las últimas investigaciones en dicho yacimiento (Mayoral *et al.*, 2021; Mayoral, 2021; Hernández Hernández y Martín Bravo, 2021) revelan un perfil vinculado con el ejército romano, que permitiría interpretarlo tal vez como un establecimiento logístico, quizá un *vicus* fabril militar surgido probablemente al calor del campamento de Cáceres el Viejo o con intensas relaciones con el mismo, con funciones de abastecimiento de metal en pasta gracias a la explotación de los filones de galena argentífera vinculación minera que ya fue apuntada por Schmidt (Schmidt *et al.*, 1999: 234-242) y producciones artesanales como la cerámica o productos metalúrgicos. Un establecimiento semejante se conoce en el Camp de les Lloses (Durán *et al.*, 2017).

Aunque siempre resulta arriesgada la comparación de registros entre asentamientos de diferente función, en este caso es muy interesante la contrastación con poblados mineros como La Loba (Fuenteovejuna). Aunque no se detectan, lógicamente, elementos propios de un registro militar (*militaria*, tipos de fibulas), el horizonte cerámico y numismático puede ofrecer interesantes consideraciones desde el punto de vista de la cronología. Dicho yacimiento está en la ruta de abastecimiento desde *Corduba* hacia la línea del Tajo y ambos presentan un marco temporal próximo, a pesar de la mayor antigüedad del poblado minero.

El conjunto anfórico presenta evidentes analogías, aunque La Loba se aparte ligeramente por la presencia de tipos como el Dressel 2-4 o contenedores de las islas Lípári (Benquet y Olmer, 2002). También la cerámica romana de barniz negro muestra un desequilibrado porcentaje entre productos napolitanos y calenos. Dentro de los primeros se reconocen las formas Lamb. 5, 6, 27, 31b y 36, mientras los segundos ofrecen una variedad mucho más heterogénea de perfiles. Un aspecto muy interesante es la escasez de imitaciones de recipientes de mesa itálicos con pastas semejantes a las de Cáceres el Viejo (Passelac, 2002: 242), situación que puede deberse a un ligero desfase temporal entre ambos yacimientos, pero que los investigadores consideran que puede deberse también a la considerable capacidad adquisitiva del poblado minero, lo que implicaría un fácil acceso a productos itálicos. De cualquier forma, este asentamiento se localiza en una región limítrofe con la que se produce la expansión de las CIB.

El panorama lychnológico es idéntico al del campamento extremeño en su composición, aunque no parece ser tan variado, ni contar con producciones locales. Debe destacarse la presencia de producciones locales o regionales (Passelac, 2002: 277-283) que, una vez más, manifiestan grandes similitudes con las de la capital de la provincia.

Por lo que se refiere a la moneda, se detecta la primacía de la ceca de *Kastilo*, con algunas de las mismas series que circularon en Cáceres, además de otras de la Citerior como *Sekaisa* y *Titiakos*.

Las semejanzas entre el campamento y el poblado minero derivan sin duda de la presencia de itálicos, con gustos y patrones de consumo muy semejantes en ambos casos. Las discrepancias

derivarían tanto de la cronología algo anterior de La Loba, como de la diferente funcionalidad. La presencia en el campamento cacereño de plomos monetiformes, que deben proceder de asentamientos mineros como La Loba, confirman las conexiones entre ambos ambientes.

En resumen, estamos ante contextos cada vez mejor caracterizados que muestran rasgos muy homogéneos. Uno de los marcadores más significativos es que aún no se detectan ánforas ovoides, que arrancan a partir de 80 / 70 a. C. (García Vargas *et al.*, 2011; García Vargas y Sáez Romero, 2016), en particular la Ovoide 4. La ausencia de ánforas Dressel 2-4 en el caso de Cáceres el Viejo parece ser algo circunstancial, habida cuenta de su presencia en la mayor parte de los contextos coetáneos. Otro criterio cronológico de primer orden es la ausencia de lucernas tardorrepúblicas, que no parece ser meramente casual, como ya hemos apuntado en otro lugar. Si bien este tipo de materiales se introduce tímidamente en los contextos sertorianos del Mediterráneo, no aparece en los contextos occidentales hasta un momento posterior, como ejemplifican bien asentamientos como Lomba do Canho o Monte dos Castelinhos, refrendados por dataciones numismáticas. En cuanto a elementos de indumentaria personal, como las fíbulas, se ha señalado la ausencia de determinados tipos en horizontes sertorianos, como los tipos Erice 7.1b y 7.3a (Beltrán Lloris, 2018), a los que podemos añadir otros característicos de la segunda mitad del siglo I a. C. como las fíbulas Alesia, pre-Aucissa y Aucissa. Llama también la atención la ausencia de determinados artefactos metálicos, como los jarros del tipo Ornavasso (tipo BB-1551 de Py), frecuentes a partir del 75 a. C. (Boube, 1991: 35).

4. Registros anteriores y posteriores: calibrando el «fenómeno Sertorio»

En el título de este epígrafe retomamos una expresión empleada por uno de nosotros hace unos años (Morillo, 2014: 48-49). En ese momento apuntábamos como uno de los objetivos prioritarios para la investigación que implicaba tratar de definir horizontes cronológicos dentro del gran cajón de sastre en que se había convertido el periodo comprendido entre mediados del siglo II a. C. y las décadas finales de la siguiente centuria debido a la escasez de estratigrafías publicadas y el peso de modelos de la «arqueología filológica» que hacían encajar sólo con la guerra numantina y con la guerra sertoriana cualquier posible indicio de actividad bélica. Esto habría producido el desplazamiento de la datación de conjuntos de cerámica de barniz negro hacia momentos posteriores, sin duda por la repercusión literaria y arqueológica que tenía dicho episodio sertoriano.

Oportuna y afortunadamente, la situación ha cambiado notablemente durante la última década. Se han dado a conocer estratigráficas bien caracterizadas más allá de las de Cáceres el Viejo, Lomba do Canho y *Valentia*, que aparecían como hitos aislados: Tossal de la Cala y otros fortines de la Contestania, Lezuza, Ampurias, Azaila, La Caridad, Cabeça de Vaiamonte, Chões de Alompé, Lisboa, Santarém, Monte dos Castelinhos, Camp de les Lloses, Puig Castellar, Alto dos Cacos, Monte Molião, Villasviejas de Tamuja... Todo ello nos permite establecer patrones materiales diferentes durante el siglo I a. C.: primer tercio o periodo sertoriano; periodo postsertoriano, aproximadamente 70 / 60-50 a. C.; guerras civiles y época triunviral, entre 50/40 y 30 a. C.; tercer tercio, época augustea temprana. Pero también respecto a los contextos de mediados y finales de la centuria anterior (figura 4), donde el «complejo Numancia», que agrupaba materiales de casi un siglo, entre el segundo tercio del siglo II y el primer tercio del siglo I a. C., no permitía avanzar en la definición de la secuencia correspondiente. Hoy en día, y gracias al reestudio de

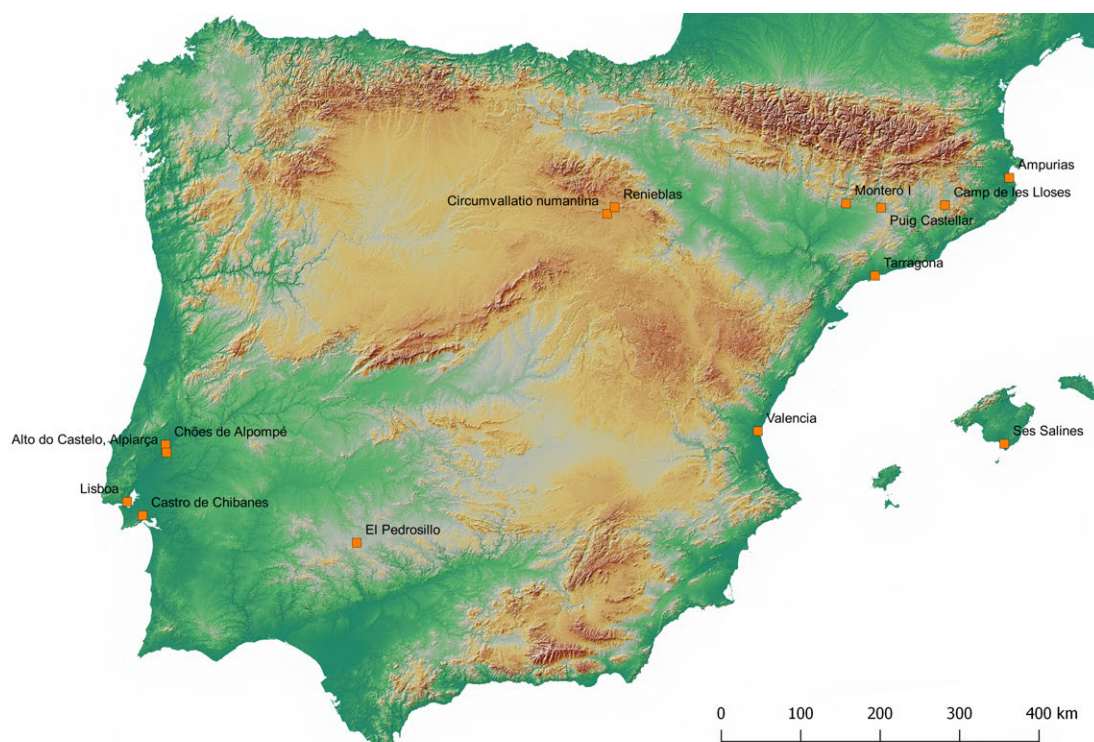


Figura 4. Contextos arqueológicos del último tercio del siglo II y primeras décadas del I a. C. (133-80 a. C.) mencionados en el texto (Mapa de base de los Servicios de Cartografía de la UAM).

Cáceres el Viejo, estamos en condiciones de reconstruir horizontes cronoestratigráficos «tipo», como el de la contienda sertoriana, a partir de la comparativa entre registros (Morillo y Adroher, 2014a: 31).

Los campamentos numantinos de la *circumvallatio* y Renieblas siguen siendo un punto de referencia constantemente utilizado en los estudios de los materiales de importación a mediados del siglo II a. C. Sin embargo, aún persiste el problema, por el momento irresoluble, en lo referente a unos materiales cuyo contexto, que se prolonga muchas décadas en el tiempo, sigue sin estar claro (Morillo y Morales Hernández, 2015: 295). De ahí la pertinente pregunta de J. Principal: «¿Existe una facies de los campamentos numantinos (CCNN)?» (2000; 2013: 348-351). A pesar de la presencia de materiales anteriores y posteriores, que llegan al periodo sertoriano, el peso principal recae en los materiales característicos del siglo II a. C., coincidentes con la fase de las guerras celtibéricas. En cuanto a los productos anfóricos, encontramos productos vinarios con envases Dressel 1 y Greco-Itálicos, además de envases tripolitanos para aceite y T-9.1.1.1. de la Ulterior (conocidos tradicionalmente como campamentos numantinos) para conservas de pescado (Sanmartí, 1985; Principal, 2013: 348-351). Tal y como hemos apuntado más arriba, la diversificación de los tipos de Cáceres el Viejo, donde junto con los anteriores, se constata la presencia de otros envases (Lamboglia 2, T-9.1.1.1., T-8.2.1.1., ánforas de Brindisi y Dressel 4 de Cos), además de la abundancia de Dressel 1, especialmente frecuentes en contextos de las primeras décadas del siglo I a. C., confirmaría un patrón de circulación más avanzado en el tiempo para nuestro campamento.

En la misma línea iría el mayor porcentaje de formas calenas de BNI, frente a las etruscas y, en menor medida, campanas, que triunfan en los contextos numantinos (Principal, 2013; 348-353), la mayor diversificación de tipos lucernarios, frente al amplio predominio de la Ricci E importada en Numancia (Luik, 2002: 112), así como la presencia de cubiletes de paredes finas y algunas formas cerámicas como los morteros importados de Italia, además de cambios en la composición del armamento (Luik, 2002; 2010) y de la masa monetaria circulante, apuntada por Hildebrandt (1979; 1984; *vid. tb.* Jiménez, 2014). En definitiva, un comercio de mercado dirigido, orientado específicamente a abastecer tropas romanas presentes en suelo ibérico y que parece desarrollarse como sistema propio del siglo II a. C., en el que las imitaciones (CIB) tienen también un peso mucho menor que en los contextos del siglo I a. C.

Sin embargo, la publicación de recientes contextos procedentes de diferentes intervenciones arqueológicas en contextos militares de este periodo comienza a esbozar una secuencia dentro del mismo, con diferentes momentos, bien es verdad que aún por caracterizar adecuadamente y aún con largas cronologías, pero que comienzan a superar la facies de los campamentos numantinos (p. e. Carreras y Rodrigo Requena, 2022).

Uno de los contextos que coincide con los materiales más antiguos del “complejo Numancia”, datado entre comienzo del segundo cuarto del siglo II y los años centrales de este siglo, ha sido dado recientemente a conocer en Ampurias a través de los niveles inferiores del cuadro 19000, que se remontan a la fundación del campamento romano (Castanyer *et al.*, 2016). Las importaciones itálicas están representadas por cerámica de mesa de barniz negro, en la que predomina la Campaniense A (Lamb. 5, 23, 36, 27, 31 y 33a), además de algunas lucernas, pareces finas y cazuelas de cerámica común (Com-It 6c). Las ánforas con esta misma procedencia ascienden al 51% del total, siendo completamente predominante la Dressel 1A, aunque también están representadas las Greco-Itálicas. Se detecta alguna presencia púnica, representada por dos tapaderas de cerámica común y contenedores del norte de África (T-7.2.1.1.), además del sur de la Península y ebusitanos. Las cerámicas de tradición ibérica (envases anfóricos, cerámica gris de la costa catalana, cerámicas ibéricas) suman el 67% del conjunto (Tremoleda *et al.*, 2022: 274-281). Los investigadores señalan que este mismo horizonte se ha localizado en otros registros ampuritinos que resultan muy semejantes a los niveles arqueológicos del segundo cuarto del siglo II a. C. de la ciudad de *Tarraco* (Díaz García, 2000: 203), así como de las revisiones de materiales del campamento III de Renieblas (Sanmartí y Principal, 1998).

Un patrón semejante a grandes rasgos al de los campamentos numantinos, y coincidente con el segundo y tercer cuarto del siglo II a. C. se detecta en otros asentamientos militares del noreste peninsular, de los que Puig Castellar (Biosca, Lleida) constituye un buen ejemplo (Pera *et al.*, 2019; Rodrigo Requena *et al.*, 2022: 197-198). Las ánforas están sobre todo representadas por envases vinarios itálicos: Greco-Itálicas clásicas y de transición, Dressel 1A, ánforas de Brindisi (Giancola 2 / Apani I), además de contenedores de Ibiza y de la bahía de Cádiz, así como norteafricanas (T-7.4.1.1. y T-7.4.2.1.). El registro de cerámica fina está presidido por campaniense A, algunas de ellas antiguas (plato de pescado Lamb. 23, gutti F8150 y copas F3130) y, sobre todo, de la fase media (Lamb. 5, 6, 23, 27ab, 27 b, 27c, 28, 31b, 33b, 36, F3130, F2544 y F8150). Las producciones del círculo de la B (Lamb. 3, 25 y Morel F4753) están muy poco representadas. Los vasos de paredes finas itálicos (Mayet I, II y III) y la cerámica pintada ibérica, además de algunas cazuelas y morteros de origen itálico (forma Emporiae 36.2, Com-It 8b y 8c) y púnico completan el panorama. Entre los materiales de carácter estrictamente militar, se encontró una punta de flecha de bronce

con nervio central y un regatón de hierro de asta de un arma larga. El registro numismático es muy reducido.

Estos registros resultan muy semejantes a otros netamente militares, como el de la *circumvallatio* numantina (Sanmartí y Principal, 1998). Pero también a otros de carácter civil, como el de la fundación de *Valentia*, fechados hacia el 138-135 a. C. (Ribera, 2010 y 2014b; Ribera y Marín Jordá, 2003) y algunos de *Tarraco* (Díaz García, 2000: 203). También *Olisipo* (Lisboa) presenta contextos coetáneos. En el área del Castelo se localizaron varios contextos monofásicos datados en el tercer y cuarto del siglo II a. C. (Pimenta, 2005: 129). También en ellos se detecta un predominio de la cerámica de barniz negro napolitana sobre las restantes producciones, conviviendo con ánforas Greco-Itálicas avanzadas y las primeras Dressel 1 (posiblemente de transición o de la variante 1A), envases de Brindisi, T-9.1.1.1., D de Pellicer (T-4.2.2.5.), del subgrupo 12.1.1.0. de Ramón Torres, T-7.4.3.3., imitaciones hispanas de los modelos greco-italícos avanzados y Africanas Antiguas, sin olvidar los contenedores con formas de origen púnico producidos en el área del Tajo (Arruda, 1995; Pimenta, 2005: 92, 129; 2024: II, 583 y ss.). Esta misma realidad se constata en otros lugares de la ciudad de la desembucadura del Tajo, destacando los datos obtenidos en Beco do Forno, en el área del teatro romano o en los Almacenes Sommer. Conocemos ya, por lo tanto, un amplio conjunto de datos sobre los contextos del último tercio del siglo II a. C. de Lisboa (Filipe, 2015; Filipe *et al.*, 2016; Mota *et al.*, 2017), a los que se suman otras producciones como los contenedores Dressel 4 de Cos, las ánforas rodías o la Dressel 1 de la costa septentrional de la Citerior (Filipe, 2019: 558). Se han apuntado incluso algunos indicios de una eventual presencia militar romana en ese momento en la capital portuguesa (Pimenta, 2024: II, 584-585).

Por el contrario, persiste un desconocimiento casi total sobre los contextos olisiponenses de las primeras décadas del siglo I a. C., que parece indicar una contracción económica (Pimenta, 2007; 2024: II, 586; Pinheiro *et al.*, 2017), tal vez derivada de la inestabilidad producida por el propio conflicto sertoriano, lo que ya fue sugerido para otros asentamientos (Arruda y Sousa, 2013: 138). Esto coincidiría con un aumento de los tesorillos de denarios, lo que se ha puesto en relación precisamente con la campaña de Metelo entre el 79 y el 77 a. C. (Pimenta, 2024: II, 675). Tal y como señalamos más adelante en el capítulo de abastecimiento de la presente monografía, el puerto de Lisboa no pudo emplearse para suministrar al ejército romano senatorial desplegado en la Lusitania, ya que la presencia de Sertorio controlando la ribera norte del Tajo introduciría un elemento de inestabilidad de cara a las rutas de avituallamiento. Solamente después de este momento se detecta un aumento de los materiales importados en los contextos lisboetas, asociados a una renovación urbanística (Pimenta, 2024: II, 585-586).

A juzgar por sus contextos, otros asentamientos se pueden situar *grosso modo* entre el final de las guerras celtibéricas (133 a. C.) o un poco más tarde y el comienzo del conflicto sertoriano. En Monteró I (Camarasa, Lleida) se ha publicado un contexto material que se sitúa al comienzo del último tercio del siglo II a. C. y que se prolongaría hasta antes del episodio sertoriano. Los materiales importados itálicos son minoritarios, pero se detecta un predominio de las producciones calenas de las variantes media y tardía en el repertorio de barniz negro, frente a las Campaniense A de transición media-tardía. Estas importaciones itálicas vienen acompañadas por cazuelas, tapaderas y morteros campanos, así como contenedores Dressel 1A tirrénicas y producciones adriáticas, béticas y del Norte de África para vino, aceite y salazones. Algunos de los elementos más significativos son los vasos plásticos itálicos de barniz negro. Se verifican también importaciones hispanas, como ánforas ebusitanas e ibéricas, cerámica de mesa pintada (cálatos) y grises ampuritanas.

Se han documentado numerosos recipientes e instrumental metálico (jarros, vasos, platillos de balanza, fíbulas tipo La Tène y Nauheim, hebillas de cinturón, etc.), así como *militaria* (glandes de plomo, puntas de venablo, *pila*, flechas, vainas de puñal). El numerario es también muy reducido, con cuatro piezas de bronce de la ceca de *Iltirta* datadas en torno al 100 a. C. (Camañes *et al.*, 2017: 202-205). El mismo marco cronológico se ha propuesto para una fase del Camp de les Lloses (Tona, Barcelona) (Durán i Caixal *et al.*, 2017).

También del último cuarto del siglo I a. C. parecen ser los materiales que amortizan el foso del fuerte de Ses Salines (Mallorca), que se ha vinculado con la fase de conquista de las Baleares, aunque el registro es muy parco. Las ánforas más abundantes son las producciones ebusitanas (PE-17=T-8.1.3.2. y PE-24), características del siglo II a. C., aunque la T-8.1.3.2. finaliza su producción hacia el 120 a. C. Muy significativa es la ausencia de envases Greco-Itálicos, así como de la forma Dressel 1, ánfora cuya producción arranca hacia el 135-130 a. C. pero aún no estaba muy difundida. Por lo que se refiere a las cerámicas finas, destaca un borde de campaniense A media de la forma Lamb. 8, cuya fabricación arranca en el tercer cuarto del siglo II a. C. (Vallorí *et al.*, 2023: 42-45).

En la península de Setúbal, se localiza el Castro de Chibanes que presenta una ocupación anterior a la transición entre los siglos II y I a. C. y que ha sido objeto de recientes investigaciones. Las fases ocupacionales II (siglo III a final del II a. C.) y IIIA (final del siglo II a 75 a. C.) se han considerado anteriores a época de Sertorio (Soares y Tavares da Silva, 2022: 379 y ss.). De estas destaca sobre todo la segunda, que se relaciona con una ocupación militar y eventualmente con la *Caepiana* mencionada en la literatura (Guerra, 2004). En esta fase los contenedores anfóricos están dominados por las producciones itálicas (Greco-Itálicas tardías e Dressel 1), aunque se documentan igualmente ánforas procedentes del litoral de la Ulterior (Dressel 1, T-7.4.3.3., T-8.2.1.1., T-8.1.1.2. o D de Pellicer), del norte de África (Tripolitana Antigua) y de Ebusus (PE=17) (Pimenta, 2024: I, 175 y ss.). En el caso de la cerámica de barniz negro itálico se constata un relativo equilibrio entre las producciones napolitanas (Lamb. 31 y 6-36) y calenas (Lamb. 1, 3, 4, 5, 5/7), datos que han alentado la datación del conjunto hacia el cambio del siglo II al I a. C. (Soria, 2022) y que corrobora su antigüedad con respecto al campamento cacereño. La cerámica de paredes finas presenta un repertorio morfológico bastante variado en esta fase (Mayet I, II y III, Ricci 1/12, 1/14, 1/20 y 1/194) y están presentes asimismo parcos recipientes de cerámica de tipo Kuass.

Otros asentamientos militares portugueses también se han datado, a través del registro material, en torno al último tercio del siglo II a. C., en particular por su relación con las estratigrafías lisboetas. Sin embargo, teniendo en cuenta que los materiales han sido recogidos aleatoriamente y sin una intervención arqueológica propiamente dicha, su valor de cara al establecimiento de un marco temporal ajustado es mucho más reducido. Nos referimos a Chões de Alompé (Vale de Figueira, Santarém), tal vez la antigua *Moron* y el Alto do Castelo, en Alpiarça. Por lo que se refiere al primero, el abundante conjunto anfórico recogido muestra una abundancia de Dressel 1 itálica (Pimenta y Arruda, 2014). Se detectan asimismo algunas cerámicas de barniz negro napolitano y etrusco, además de paredes finas itálicas y lucernas. Con todo, es la colección de artefactos metálicos y *militaria* (Fabião *et al.*, 2015) la que confirmaría la presencia militar romana en este yacimiento, además de los resultados de las recientes intervenciones que han registrado con detalle el sistema de defensa del asentamiento (Arruda *et al.*, 2018; Fonte *et al.*, 2020). Los contextos numismáticos parecen confirmar el final del asentamiento en un momento posterior al 85 a. C., a comienzo del conflicto sertoriano (Ruivo *et al.*, 2015; Ruivo 1999; Arruda *et al.*, 2018: 224).

También de la segunda mitad del siglo II a. C. parece ser el recinto militar del Alto do Castelo, en Alpiarça, sobre el que aún existen numerosas incógnitas (Kalb y Höck, 1983; Pimenta, 2024: II, 622 y ss.). Así lo atestiguan las ánforas Greco-Itálicas y Dressel 1 itálicas, cerámicas indígenas, *kalathoi* y cerámicas grises con decoración bruñida. No obstante, la presencia de las ánforas ovooides del valle del Guadalquivir constituye un elemento de distorsión ya que obliga a considerar que la ocupación, o bien es posterior, o bien se retrasa hasta un momento avanzado de la primera mitad del siglo I a. C., algo que además está en relación con la similitud del sistema de defensa (destacándose el doble foso) con el de Cáceres el Viejo.

En resumen, los contextos de la segunda mitad de siglo II a. C. se caracterizan por la presencia de las ánforas Greco-Itálicas y de la Dressel 1A importadas de Italia, además de abundantes producciones de la Bética del mismo tipo, acompañadas por bastantes ejemplares de la T-9.1.1.1., T-7.4.3.3. y de tipo Carmona, e incluso alguna residual mucho más antigua como el tipo D de Pelli- cer. En el caso de la cerámica de barniz negro predominan las importaciones campanas del área napolitana, supremacía que va desapareciendo progresivamente hacia el momento de transición entre los siglos II y I a. C. y en las primeras décadas de esa centuria. Algunas formas son características de ese momento, como la Lamb. 6, 5/7, 27, 31 o 33, ya conviviendo con los recipientes calenos y de Etruria. Lucernas, paredes finas y ungüentarios mantienen hasta el periodo sertoriano un patrón bastante homogéneo, presididas por las series de tradición helenística, con predominio de la Ricci E, los vasos Mayet I y II y los ungüentarios fusiformes de pie alto, respectivamente. En cuanto al armamento y las fíbulas, predomina el registro de los campamentos numantinos, ya que se trata de elementos de larga perduración en los que es difícil establecer una secuencia evolutiva hasta el siglo I a. C. avanzado.

De gran interés también es la comparación de los registros de Cáceres el Viejo con otros contextos regionales que, a pesar de compartir algunas características con aquel, presentan igualmente materiales más avanzados, que permiten situarlos en un marco cronológico posterior al conflicto sertoriano, contemporáneos en este caso a la estancia de César como propretor en la Ulterior y sus campañas contra los lusitanos y galaicos, que continua con los conflictos civiles con los pompeyanos en suelo hispano. Los asentamientos de este periodo son aún poco conocidos y su cultura material aún está en proceso de definición, aunque son particularmente relevantes los primeros estudios de *militaria* (Quesada Sanz y Moralejo Ordax, 2020). Aun así, algunos yacimientos militares romanos en el centro de Portugal ofrecen marcadores muy bien definidos (figura 5).

Uno de ellos es la antigua *Scallabis* (Santarém, Portugal), probablemente *praesidium Iulium*, que confirmaría tal vez el empleo del Tajo como base logística de la campaña contra los galaicos (Arruda y Viegas, 2014). Aunque la presencia romana se hace sentir desde la centuria anterior, a este momento corresponderían las primeras edificaciones plenamente romanas, cuyos niveles fundacionales presentan ánforas de tipo Dressel 1 itálicas y T-7.4.3.3., Dressel 7-11, de la Ulterior, además de Tripolitanas Antiguas y Ovoides 1 y 4 del valle del Guadalquivir. En la cerámica de mesa destacan las formas napolitanas tardías de barniz negro que, a partir de mediados del siglo I a. C., quedan reducidas a los ejemplares calenos (Soria, 2013: 256; Arruda y Viegas, 2014).

Muy relevante para este análisis es el yacimiento de Monte dos Castelinhos, en el estuario del Tajo, que recientemente ha sido objeto de un estudio monográfico (Pimenta, 2024). Se ha dado a conocer detalladamente la estratigrafía del asentamiento, así como las facies materiales asociadas. Gran interés se revisten las dos primeras fases del asentamiento, con un carácter militar



Figura 5. Contextos arqueológicos de periodo postsertoriano mencionados en el texto (70-50 a. C.)
(Mapa de base de los Servicios de Cartografía de la UAM).

romano indiscutible, la primera postsertoriana, posiblemente del 70 / 60 al 50 a. C., coincidente con la expedición cesariana hacia el norte (Pimenta y Mendes, 2021), y la segunda coetánea a la guerra civil entre César y los pompeyanos.

Los estratos de la Fase 1, los más próximos a la ocupación del recinto militar de Cáceres el Viejo, ofrecen asociaciones de materiales que contemplan aún la presencia de ánforas itálicas Dressel 1C y Lamboglia 2, ya detectándose las producciones del valle del Guadalquivir. La cerámica calena está prácticamente monopolizando los registros de cerámica de barniz negro, estando ausentes las producciones napolitanas. Se detectan asimismo paredes finas itálicas de la forma Mayet III, que se hace notar frente a la Mayet II. Se constata un denario datado en el 77 a. C. y una moneda de *Kelse*, ceca de la Citerior (Pimenta, 2002: 706).

En la segunda fase de ocupación, posterior al 50 a. C. los contenedores anfóricos presentan un patrón material casi idéntico, con algunas diferencias que merecen ser señaladas, como la escasa presencia ahora de ánforas itálicas y de los tipos de origen púnico meridionales (T-7.4.3.3.). Frente a ellas empiezan a destacarse los tipos ovoides del valle del Guadalquivir y la bahía de Cádiz. La calena sigue ocupando todo el registro de cerámica de mesa. Predominan las formas Lamb. 1, 2, 3, 5 y 7. Se detecta la decoración en losange que caracteriza la fase tardía de la producción. Abunda la cerámica de imitación de barniz negro en pastas reductoras, reproduciendo las mismas formas y decoraciones en forma de losange. El conjunto de lucernas ofrece las primeras formas de la serie tardorrepública (Dressel 2, 3 y 3A), manteniendo una representación escasa de los tipos precedentes (dos ejemplares de lucernas abiertas de tradición meridional) (Pimenta, 2024: I, 160-163).

Los elementos metálicos de esta fase son abundantísimos, en particular los restos de *militaria* de todo tipo. En el campo de las fíbulas destaca la presencia de las primeras de tipo Alesia precoces (Tipo 21a3 de Feugère), que no están aún presentes en Cáceres el Viejo, un marcador cronológico de enorme interés. El numerario circulante resulta también de gran interés para la datación del conjunto. Se constataron varios denarios, con dataciones comprendidas entre el 147 y el 46-45 a. C., además de monedas de la última serie de *Kastilo* (Pimenta, 2024: II, 689-690). No cabe duda que la fase se prolonga hasta el momento de la guerra civil entre César y los pompeyanos en Hispania.

Más indicios de la presencia militar ofrece el asentamiento militar de Alto dos Cacos (Almeirim, Portugal), también en el estuario del Tajo. Su cultura material define una ocupación centrada en el tercer cuarto del siglo I a. C. (Pimenta *et al.*, 2012; Pimenta, 2024: II, 628 y ss.), coincidente casi por completo, a pesar de que el registro es más parco, con la segunda fase de Monte dos Castelinhos.

Sin duda uno de los más interesantes en este sentido es el campamento militar de Lomba do Canho (Arganil, Portugal), ya conocido desde los años 80 del siglo XX. Las intervenciones se han centrado en el interior del recinto, donde se pusieron al descubierto diversas estructuras constructivas, que constituyen un complejo habitacional que se identificó como un *praetorium*. Apenas se conocen las fortificaciones del recinto campamental, aunque se ha detectado la presencia de una muralla sobre cuyas características no informan las publicaciones (Nunes *et al.*, 1988; 1989; Guerra y Fabião, 1988). Durante las excavaciones se recuperaron numerosos materiales, que van desde moneda de plata y bronce a materiales cerámicos de todo tipo, además de abundantes restos de armamento y útiles metálicos, como fíbulas tipo Alesia. Buena parte de este material se ha dado a conocer en diversas publicaciones (Faria, 1984-85; Nunes *et al.*, 1988; Fabião, 1989; Nunes *et al.*, 1990). Gracias a esos hallazgos, la cronología se ha podido establecer en torno al segundo y tercer cuarto del siglo I a. C., posiblemente coincidiendo con la campaña de César contra lusitanos y galaicos (Luik, 1997: 241; Morillo, 2003: 60). Hoy en día se pone en relación con movimientos militares cesarianos orientados a la explotación de los recursos mineros (Nunes *et al.*, 1988), dentro de los cuales se interpretan otros nuevos asentamientos, como Valado de Santa Quitéria (Arganil) y Mina da Presa (Penamacor) (Sánchez-Palencia y Currás Refojos, 2015). Pero no podemos descartar una relación de este recinto con las campañas del 61 / 60 o del 48 a. C. en el entorno del *Monte Herminius*, sin duda la Serra da Estrela.

Por lo que se refiere al material cerámico, las ánforas aún ofrecen un porcentaje considerable de importaciones itálicas, sobre todo las vinarias (Dressel, 1 y 2-4), dentro de las que ya están ausentes las Greco-Itálicas y Dressel 1A, siendo superadas por las procedentes de la Ulterior de tipología ovoide (Ovoide 1 y 4), y ya no se identifican las de tradición púnica (Fabião, 1989: 77). En cuanto a la cerámica romana de barniz negro, esta acusa una evidente ausencia de las producciones napolitanas, mientras la calena está representada por los tipos Lamb. 1, 3, 5 y 7, estando ausente la Lamb. 2, que parece desaparecer por completo a mediados del siglo I a. C. En el caso de los platos, el tipo Lamb. 7 supera claramente al tipo Lamb. 5, lo que, unido a la ausencia de impresiones tipo losange (Fabião y Guerra, 1996), sugiere que estamos en un momento anterior a la segunda fase de Monte dos Castelinhos. Esto se ve confirmado por el mayor porcentaje de ejemplares de las series de lucernas tardorrepúblicas (Dressel 2 y Dressel 3), aunque aún perduran algunas de las derivadas de las helenísticas (Ricci H) (Nunes *et al.*, 1990), síntoma evidente de su cronología posterior a Cáceres el Viejo.

Se constatan abundantes restos de armamento, como puntas de jabalina y lanza, glandes, espadas, restos de escudos, una piqueta de tienda, así como fibulas, entre las que destaca el tipo Bad Nauheim, mientras otros tipos del campamento cacereño no están representados (Nunes *et al.*, 1988). Por lo que se refiere a la moneda circulante (Faria, 1984-85), contamos con seis denarios y un quinario, el más reciente acuñado en el 62 a. C., además de varios ases romanos y moneda de bronce de la Ulterior de las cecas de *Obulco*, *Malaka*, *Myrtillis* y *Conobaria*.

En definitiva, un contexto con algunos elementos comunes al campamento cacereño, pero con otros marcadores nuevos, que indican una cronología unos 20 años más tardía. La ocupación de este asentamiento se prolongaría hasta la guerra hispana.

La ocupación del Castro de Segóvia (Elvas) también se ha venido a relacionar con la guerra sertoriana (Gamito, 1987), debido a la presencia de proyectiles de honda (Bargão, 2017: 472). Pero el análisis de su facies material nos indica que también es posterior al horizonte de Cáceres el Viejo. Las ánforas ovoides aparecen en cantidades apreciables, conviviendo aún con itálicas Dressel 1 y Dressel 2-4, y con cerámica de barniz negro de producción calena (Lamb. 1, 2, 3, 5, 7 y 5/7), además de imitaciones en cocción reductora (Lamb. 2, 5/7 y 8). En el campo de las lucernas, las de tradición helenística están completamente ausentes.

Casísticas muy semejantes presentan algunos recintos militares de este mismo periodo cerca de la fachada oriental de la Tarraconense, como Puig Ciutat (Oristà, Barcelona), un posible *praetorium* cuya ocupación se ha centrado entre las primeras décadas del siglo I a. C. y el final del tercer cuarto de la misma centuria (Padrós *et al.*, 2015: 287), Puigpelat (Alt Camp, Tarragona), que se ha asociado a un momento que intermedia el conflicto sertoriano y el final del conflicto entre Cesar y los pompeyanos (Díaz García y Ramírez Roldán, 2015), o el Cerro de las Fuentes de Archivel (Caravaca de la Cruz, Murcia) (Brotons Yagüe y Murcia Muñoz, 2006), con una cronología similar a la anterior. A juzgar por la aparición de las ánforas ovoides de la Ulterior (Ovoide 1, 4 y 6) en esta fase junto con el resto de los materiales, se ha vinculado también con el segundo tercio del siglo I a. C., la Fase III, 3 de la muralla de *Lucentum* (Olcina *et al.*, 2014: 133-134). Sin embargo, las últimas publicaciones parecen retrasarlo hasta un momento ya cesariano (Guilabert *et al.*, 2021: 192; 2023: 243).

En resumen, en los asentamientos posteriores a la facies de Cáceres el Viejo las asociaciones muestran una ausencia evidente de los contenedores greco-ítálicos evolucionados, que se enmarca en una reducción progresiva de las importaciones itálicas, que son sustituidas por las producciones del valle del Guadalquivir, en particular las ánforas ovoides, que no se detectan aún en Cáceres el Viejo. En las ocupaciones militares del segundo y tercer cuarto del siglo I a. C. se hace patente la ausencia de formas béticas de origen púnico. La cerámica romana de barniz negro también experimenta acusadas alteraciones en el patrón arqueológico material: las importaciones fabricadas en Nápoles desaparecen, sustituidas por la cerámica calena, manteniendo como principales formas las Lamb. 1, 2, 3, 5 y 7. Las producciones de imitación con pastas grises son una realidad en los contextos de estas cronologías, momento en el que parecen alcanzar su máxima expresividad. Muy relevante en estos momentos es la presencia de determinadas decoraciones con forma de losange. En cuanto a las lucernas, se van rarificando las series de tradición helenística a partir del segundo cuarto del siglo I a. C., mientras irrumpen con fuerza los tipos tardorrepublicanos Dressel 2 y 3. Más sutiles son otras transformaciones en otros campos. En el ámbito de las paredes finas se suma la forma Mayet III a las formas I y II. Se detecta la aparición de los modelos de fibulas Alesia, mientras evolucionan determinados elementos de armamento como

las puntas de pila y jabalinas, además de los *glandes*. Aparecen también los primeros testimonios de tachuelas de calzado.

5. A manera de reflexión final

El detenido análisis de los contextos cacereños que aquí presentamos, unido a su comparativa con otros yacimientos de cronología sertoriana, así como previa y posterior a la misma, nos ha permitido alcanzar varios objetivos que parecían escaparse de las posibilidades interpretativas, a juzgar por el sistema de recogida de los datos procedentes del registro arqueológico de este yacimiento.

Entre las ausencias la información nos permite destacar tres. En primer lugar, la absoluta ausencia de referencias estratigráficas, lo que impide establecer secuencias evolutivas de las facies culturales que podrían haberse reflejado en el registro arqueológico continuo que se debió de haber formado durante la ocupación del asentamiento, aunque fuese unos años o una sola década.

A ello añadimos la falta de referencias contextuales que permitan asociar el material a complejos estructurales concretos o, al menos, con un índice de fiabilidad suficiente como para poder establecer una relación entre la funcionalidad del espacio definido y la del conjunto de material a él asociado; en escasos casos contamos con mínimas referencias a hallazgos en ciertas zonas, pero tan ambiguas o generales que impiden un desarrollo interpretativo adecuado.

Un tercer problema, que no es menor, es que se constata claramente una recogida selectiva de parte del material, muy acentuada en el caso de la cerámica vascular, de la que difícilmente se encuentran fragmentos informes, lo que ha podido provocar un sesgo en la información que puede ser muy marcado en ciertos elementos que no se distinguen con facilidad en estos casos, como son las piezas discoidales, o que impiden simplemente la detección de comportamientos como los lañados, grafitos o cualquier otro resto de acción con componente cultural definible que se refleja en este material, que ha sido excluido en su momento de la recogida y, por tanto, nunca podrá ser estudiado adecuadamente.

Estas tres dificultades habrían podido determinar que los documentos en forma de materiales muebles, que fueron extraídos hace más de un siglo, hubiesen provocado los problemas de naturaleza arqueográfica que presentan otros yacimientos que sufrieron circunstancias similares, como es el caso de Renieblas o los campamentos del cerco numantino, como hemos dejado bien claro en la revisión de sus materiales para realizar una comparativa con el nuestro.

De este modo, a pesar de los inconvenientes derivados de la naturaleza de la recogida de los datos en campo, creemos que debemos reconocer en el esfuerzo realizado para estudiar el conjunto de materiales de Cáceres el Viejo un importante avance en, al menos, tres niveles reflexivos cuyos planteamientos parecían inverosímiles hace apenas una década.

Se ha podido establecer una cronología mucho más afinada y afianzada del campamento. En primer lugar, asegurando que hay una sola fase de ocupación y dejando de lado definitivamente la posibilidad de usos anteriores o posteriores del mismo espacio. Al tratarse pues, de un yacimiento monofásico con un período de ocupación muy corto, ha permitido valorar los problemas de amortización de materiales más antiguos (tanto de carácter numismático como vascular) logrando entender la perduración de ciertos materiales que parecen datarse claramente en momentos anteriores. Por poner un ejemplo, planteamos que las piezas de campaniense A deben haber sido aportadas por el equipaje personal de los propios militares antes de crear las redes de

abastecimiento para el recinto recién fundado, ya que el resto del material de la familia de los barnices negros se adecúa perfectamente a la cronología propuesta.

La comparativa con yacimientos de funcionalidad militar coetáneos ha demostrado que no solo la cronología, sino también las facies regionales determinan el comportamiento de los diversos materiales. De ahí la mayor similitud contextual con El Santo de Valdetorres, Cabeça de Vaiamonte o Chões de Alpompé. La presencia de materiales cerámicos fabricados tanto en el propio entorno del campamento como en las cercanías de Trujillo, como demuestran los análisis arqueométricos, nos habla de un autoabastecimiento del mundo militar a partir de los propios recursos regionales, lo que explica, en consecuencia, que no siempre resulte fácil comparar dos campamentos entre sí por muy coetáneos que sean si no se encuentran en la misma región.

Este punto nos ha permitido igualmente apostar por un papel destacado del empleo de recursos locales en el abastecimiento militar, si bien las comunidades que habitaban este territorio, tras algo más de un siglo de contacto liviano con el mundo itálico (al menos desde la II Guerra Púnica) no parecen aún haber sido objeto de una fuerte interacción cultural obviamente desigual. El proceso de transferencia cultural se vió incrementado especialmente por la presencia de militares, los cuales debían mantener relaciones relativamente cercanas con estas poblaciones de origen local. En esta misma línea hemos podido comprobar la estrecha relación con Villasviejas del Tamuja, un posible *vicus* fabril militar; o la más distanciada, pero que filtra claramente los consumos del campamento, con *Corduba*. Las diferencias de facies con poblados intermedios como La Loba se deben básicamente a la función o actividad principal que ha causado la fundación de cada asentamiento.

Finalmente, hemos podido aproximarnos a establecer una facies ideal para los momentos sertonianos, que corresponden a dos niveles: el consumo individual y las agrupaciones mayores, seguramente barracones (*contubernia* o *centuria*). Mientras que al componente individual debemos asociar gran parte de la vajilla de mesa, especialmente los relacionados con la comida y la bebida, hay otros elementos que deben pertenecer a unidades mayores, como los vasos de presentación o para servir, como fuentes o jarras, utilizadas para pasar la alimentación desde su espacio de preparación (cazuelas, morteros) o transporte y almacenaje (ánforas) hasta el consumidor final.

Lógicamente, los vasos intermedios (preparación y almacenaje) están porcentualmente menos representados que los individuales. Sin embargo, debido a la naturaleza del sesgo explicitado anteriormente en relación con la recogida del material, es más que posible que no podamos asegurar la *ratio* existente entre ambos; en todo caso también entre la vajilla intermedia encontraremos notables diferencias debido a su función; son más frecuentes las cazuelas que los morteros, y por supuesto las jarras que las ánforas, ya que estas son totalmente inútiles en la mesa para servir ni para el consumidor último. Por este motivo son relativamente escasos los ejemplares anfóricos, si bien la presencia de un mayor porcentaje de contenedores vinarios que oleícolas o salsarios se debe al fuerte consumo de vino y sus derivados por parte del mundo militar en relación a los otros dos productos. Y es más que probable que una parte importante del consumo de este tipo de alimentos líquidos y semilíquidos no haya dejado rastro, ya que, ante la imposibilidad de abastecer a una legión del consumo medio de estos elementos desde la propia Roma, no cabe duda que un porcentaje importante del vino consumido (e incluso aceite) haya sido comercializado en envases que no se han conservado (pieles y madera, es decir, odres y toneles).

Obviamente, hay que tener en consideración el diferente grado en el escalafón militar que detenían los militares que convivían en el campamento, ya que es más que probable que la oficialidad no consuma alimentos en las mismas condiciones ni el mismo tipo de vasos que la soldadesca; de ahí que nos encontremos muy eventualmente vajilla metálica, que debió de responder a este tipo de usos.

Es probable que realizando un estudio más pormenorizado de los materiales apoyándose en futuras intervenciones, seamos capaces de establecer una facies donde no solamente se analicen las piezas y sus orígenes, sino que incluyamos la presencialidad reflejada en un correcto estudio estadístico que complete las propuestas que hasta aquí hemos podido realizar.